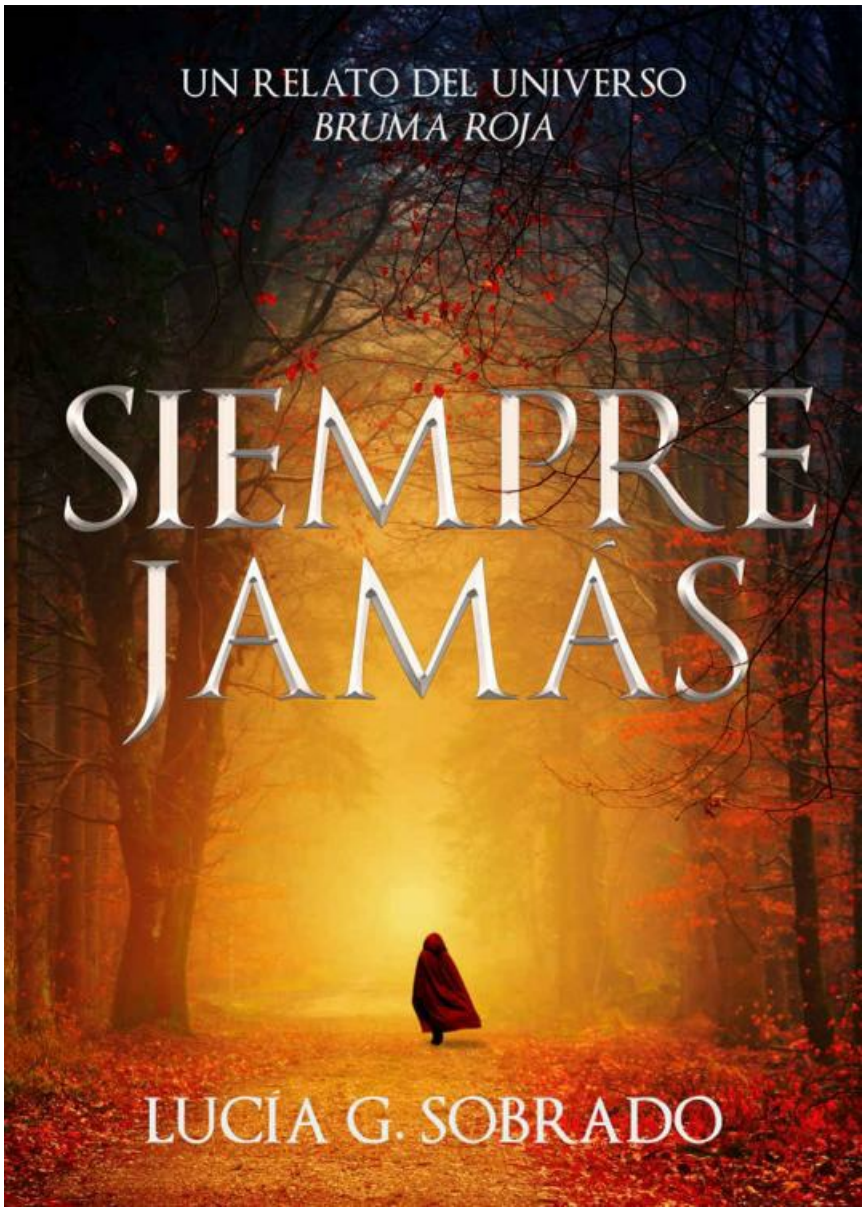
UN RELATO DEL UNIVERSO
BRUMA ROJA

SIEMPRE JAMÁS



LUCÍA G. SOBRADO


UN RELATO DEL UNIVERSO
BRUMA ROJA
SIEMPRE JAMÁS
LUCÍA G. SOBRADO

Siempre Jamás

Lucía G. Sobrado



Escrito en enero de 2024
Siempre jamás
© de la obra: Lucía G. Sobrado, 2024
www.luciagsobrado.com

© de las fotografías de cubierta: Freepik
© del diseño de cubierta: Lucía G. Sobrado
© de la ilustración del interior: Freepik
© de la corrección: Lucía G. Sobrado
© de la ilustración del final: @patop.art

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para quienes seguís apoyando Bruma Roja *y* Reino Feroz *a pesar del tiempo.*
Que nunca se apague vuestra magia.

Nota de la autora

Antes de que te adentres entre estas páginas, es importante que sepas que los dos relatos que vas a leer contienen *spoilers* de *Reino Feroz*, así que léelo una vez hayas terminado la bilogía —o si no te importan los *spoilers*, aunque es probable que no entiendas muchas cosas—.

Son relatos sencillos, sin muchas pretensiones, con los que me gustaría que volvieras a viajar al mundo de Fabel y te reencontraras con sus personajes. No esperes encontrar otra aventura épica como la que ya han vivido —que suficiente han tenido los pobres —, porque mi intención era construir una pequeña historia sin pretensiones, por el mero hecho de imaginar qué pasaría después del último epílogo.

Dicho esto, espero de corazón que disfrutes de la magia de los cuentos y que puedas reencontrarte con esa parte de ti que, como Peter Pan, nunca quería crecer.

Un abrazo enorme,

Lucía

Lo que pasó en Nunca Jamás



Roja



En cuanto mi cuerpo se materializa donde sea que me haya mandado ese dichoso capitán Garfio, lo sé. Lo siento en lo más profundo de mí. Y cuando mis rodillas se encuentran con la tierra dura y las palmas se me llenan de raspones a causa de la caída, me importa bien poco el daño que me sobreviene y doy un manotazo contra la tierra dura bajo mí, movida por la frustración y el dolor de lo que el vínculo moribundo me dice.

Que Axel no va a aparecer tras nosotras.

—¿Qué pasa? —pregunta Pulgarcita, preocupada, mientras me ayuda a incorporarme.

Unas lágrimas que no sé de dónde han salido, imprevistas por completo, me templan las mejillas y me las aparto de un manotazo.

—Axel ha ido al País de las Maravillas.

—No… —Se lleva las manos a la boca y sus ojos se tornan vidriosos—. Él es bueno… —balbucea.

Aprieto los dientes y trago saliva para mantener la voz neutra, con la vista fija en el punto tras nosotras que nos ha traído hasta aquí.

—Lo sé… —murmuro, los puños cerrados con tanta fuerza que siento los raspones de las palmas quemarme.

Sorbo por la nariz, como si así todo fuese a desvanecerse, y me doy la vuelta, incapaz de pensar en lo que puede significar que no esté aquí.

En mi fuero interno me repito una y otra vez que, de algún modo, Axel ha conseguido engañar a Garfio para acabar allí él solo, porque me niego a creer que su corazón sea del negro más profundo.

Y eso… Me duele más de lo que me gustaría admitir. Porque a pesar de que comprenda que me quiere ahorrar el mal que él supone que me esperaría allí, no puedo evitar sentirme responsable de lo que pueda pasarle. Porque si ha decidido ir él solo al País de las Maravillas es para protegerme. Si yo no estuviese aquí, si la compañía fuese otra, estoy convencida de que no se habría sacrificado de esta forma. Y aunque en cierto modo me hace sentir un ápice de orgullo, la preocupación que me trepa por la espalda eclipsa cualquier otro sentimiento.

Me fijo en el entorno, el corazón de una selva densa y frondosa tan oscura como la boca de un animal, por mucho que la noche esté plagada de estrellas. La humedad es tan alta que casi estoy sudando ya, y eso que acabamos de poner un

pie aquí, pero va cargada de cierto aroma a salitre, lo que me sugiere que estamos en una isla. Además, por encima de las copas de los árboles de hojas descomunales se entreven los contornos de una montaña picuda o la cima de un volcán. Pulgarcita se abre el cuello del vestido y se abanica a través de él, como si eso fuese a servir contra el ambiente pegajoso que nos rodea.

—Hay que encontrar el modo de llegar al País de las Maravillas —le digo al aire—. ¿Vienes conmigo o esperas aquí a que volvamos?

Ese plural se me clava en el pecho, porque de verdad deseo con todas mis fuerzas no regresar sola. Pulgarcita boquea un par de veces; después, frunce el ceño y pone los brazos en jarras.

—La pregunta ofende. Por supuesto que voy contigo. No se deja a un amigo atrás.

—Bien.

Desenvaino a Rompemaleficios y echamos a andar por la senda que voy abriendo, cortando hojas más grandes que la pobre chica y ramas bajas que nos entorpecen el camino. Pulgarcita avanza por detrás de mí, tensa y todo lo pegada a mi cuerpo que puede sin llegar a pisarme, y casi que lo prefiero así.

Apenas veo nada, por lo que imagino que ella va prácticamente a ciegas, por mucho que la luna sea un círculo perfecto, enorme y amarillento, en medio del firmamento. Eso me inquieta más todavía, porque faltan semanas para la próxima luna llena. Y tampoco siento que sea una luna llena real.

Sobre nuestras cabezas veo pasar algo, un manchurrón negro que apenas me da tiempo a discernir, y me tenso aún más, pensando en qué clase de animal puede volar a tal velocidad y con semejante tamaño.

El follaje a nuestro alrededor se mueve de vez en cuando, como mecido por un viento inexistente que me sugiere que en este paraje hay fauna nocturna. Eso o que alguien nos va siguiendo y no está siendo demasiado sigiloso, porque desde hace un rato me acompaña la inquietante sensación de ser observadas.

Seguimos avanzando, sin saber a dónde vamos; el brazo se me queja, resentido por el cansancio, el sudor me cae a chorros por la espalda y las sienes, y siento la respiración atragantada a causa del ambiente húmedo, casi palpable. Y cuando miro hacia atrás, descubro que Pulgarcita tiene mucho peor aspecto que yo.

—Seguiremos un rato, hasta encontrar un lugar en el que descansar.

La chica emite un gruñidito conforme justo cuando oigo un silbido rompiendo el espacio hacia nosotras. Y, después, un alarido agudo que hace que los pájaros de los árboles alcen el vuelo, raudos. Apenas me da tiempo a reaccionar cuando Pulgarcita tropieza, con el rostro compungido por el dolor y una flecha asomándole por encima del hombro.

Estiro los brazos lo suficientemente rápido como para impedir que la chica caiga al suelo, su cuerpo desprovisto de fuerzas sobre mí y, con gran esfuerzo, la

espada en alto.

—Estás bien, estás bien… —le susurro, a ella, al aire, a quien sea, y con un temor inesperado que no sé de dónde nace.

Con los sentidos alerta y mi instinto de supervivencia crispado, observo el entorno. Pulgarcita gimotea, y me nace el impulso estúpido de ayudarla, pero nuestras vidas corren peligro, y no tenemos a dónde ir. Por primera vez en un tiempo, echo de menos a la bestia, porque ella me habría dicho dónde mirar; en qué punto del follaje concentrarme para…

Lo veo.

Ahí, entre la espesura, un grupo de rostros apretujados que cuchichean.

—¡Dad la cara, malditos! —grito casi desgañitándome.

El enfado por que Axel haya ido a su suerte se entremezcla con la desesperación de saber que tenemos las de perder, porque detrás de una flecha pueden llegar decenas de más.

Tras un silencio que me hace rechinar los dientes, acuclillada junto al cuerpo de Pulgarcita que intenta zafarse de mi agarre —aunque se lo impido para que no se abra más la herida—, hay movimiento real. De entre la espesura salen seis jóvenes, con ropajes hechos de pieles y hojarasca, arcos y lanzas en alto y semblante serio, amenazador.

A pesar de que me superen en número, creo que ni llegan a la adolescencia, y mi experiencia me otorgaría cierta ventaja sobre ellos; no obstante, van armados hasta los dientes, por lo que en un combate directo yo tendría las de perder.

—¿Quiénes sois?

—¿Qué queréis?

—¿De dónde venís?

Preguntan tres de ellos a la vez antes de compartir una mirada cómplice. Aprovechando que están distraídos entre ellos, dejo a Pulgarcita sobre el suelo y me apresuro a examinarle el flechazo. En cuanto cierro la mano alrededor del proyectil, ella gime y a mí se me aprieta un nudo en la garganta. Entonces hace amago de levantarse.

—No, no, no te muevas —le susurro.

Me percato de que los muchachos se han quedado en silencio, atentos y expectantes, y devuelvo mi atención a la herida. Una herida… que no sangra. Frunzo el ceño y tiro con fuerza de la flecha. Al otro lado del agujero de su vestido, donde debería haber piel abierta, carne desgarrada y sangre, mucha sangre, veo un reflejo verduzco y el alivio me invade con la fuerza de una ola al reconocer la escama del dragón, que la ha salvado del impacto.

—¿Qué ha pasado? —masculla Pulgarcita con una mueca de dolor mientras intenta llevarse las manos a la espalda.

—Eso ha pasado. —Señalo hacia delante y Pulgarcita se da cuenta de que estamos rodeadas de niños con arcos y lanzas.

Se pone en pie de prisa con gesto de incomprensión, porque ver a una panda de críos empuñando armas descoloca a cualquiera.

—¿Estáis bien, señora? —pregunta uno de ellos, con voz dulce.

—¡Cállate, Tootles!

El aludido se achanta y su lanza desciende un poco.

—¿Quiénes sois? —pregunta el que pretende ser el líder, con voz cortante y ceño fruncido.

Estoy a punto de responder una mordacidad cuando Pulgarcita levanta la mano y me dedica un gesto de «déjame a mí».

—Yo soy Pulgarcita.

—¿Pulgarcita? Qué nombre tan raro… —comenta otro chico, de rostro angelical.

—¡Shhh, Nibs! —corean dos gemelos a la vez.

Pulgarcita ríe con recato y asiente.

—Sí, me lo dicen mucho. —No me pasa desapercibida la mirada de soslayo que me lanza—. Y no te preocupes, estoy bien —añade en dirección al tal Tootles, que automáticamente enrojece por la vergüenza—. Pero por pura suerte.

—¿Suerte? —inquiere el cabecilla. Pulgarcita asiente con una sonrisa—. No se sobrevive a un flechazo por suerte. ¡¿Qué clase de magia usáis, bruja?!

—¡Slightly! No se le habla así a una dama… —lo reprende el que se había mantenido callado.

—¿Dama? ¡¿No has visto lo que yo, Curly?! Tootles le ha dado en plena espalda y se ha levantado como si nada. ¡Es una bruja!

—¿Una como la de los cuentos junto a la hoguera? —pregunta Tootles con cierto temor.

—¡Seguro que sí! ¡Hay que quemarlas! —le responde.

Los niños se acercan a nosotros, las armas en ristre, y me tenso.

—Os aconsejo no dar un paso más —los amenazo con voz monocorde.

—¿Y eso por qué? —inquiere Slightly, con aire superior—. Solo sois dos.

—¿No decías que somos brujas? —lo pico—. ¿De verdad te parece inteligente amenazar a dos brujas?

Los niños, algunos aterrados, comparten una mirada cómplice.

—Tú pareces inteligente, chico —prosigo.

—¡Porque lo soy!

A duras penas reprimo una risilla.

—Entonces no te conviene hacer enfurecer a la Bruja Matadragones —comento con indiferencia y un cabeceo en dirección a Pulgarcita.

La chica responde con los ojos muy abiertos, pero entonces comprende por dónde voy.

—¿Ma-matadragones? —balbucea… ¿Nibs?

—Así es… —Envaino la espada para darle mayor valor a mi afirmación. Si me

ven desarmada, creerán más en mis palabras—. Esta mujer es la única de nuestro reino que ha sido capaz de matar a uno gigante. Y se llevó una escama como trofeo de su última cacería.

Intercambio un vistazo rápido con Pulgarcita y deshace los nudos de los vendajes que mantienen la escama en su sitio. Después, mete la mano por el vestido —ante lo que algunos niños responden abriendo mucho los ojos y enrojeciendo—, y saca la enorme escama, que brilla bajo el influjo de la extraña luna.

—¡Hala…! —murmura Tootles.

—Qué pasada… —susurran los gemelos.

—¿Es de verdad? —quiere saber Curly. Y alarga un dedo para tocarla, pero Slightly le da un manotazo y le lanza una mirada furibunda.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunta Nibs, rascándose la coronilla.

Tras de ellos se escucha un vigoroso cacareo y los niños se ponen en alerta. Unos chillan de júbilo, otros saltan en el sitio.

—¡Ha vuelto, ha vuelto! —gritan los gemelos al unísono.

Pulgarcita y yo nos tensamos, desaparecida la afabilidad con la que los estábamos engatusando, y llevamos las manos a las armas, dispuestas a sacarlas ante el más mínimo indicio de peligro.

—¿Quién ha vuelto? —pregunta Pulgarcita con esa dulzura maternal, solo que esta vez es fingida.

—Yo —responde una nueva voz. Acto seguido, un chico algo mayor que el resto y de ropajes verdes aparece volando y se planta frente a nosotras, con la cabellera dorada revuelta y una sonrisa de paletas torcidas. Coloca los brazos en jarras e hincha el pecho antes de decir—: Soy Peter Pan, guardián de las almas.

«¿Este crío es el encargado de velar por los muertos?». Lo estudio de arriba abajo y me parece inverosímil.

—Decidme —continúa—, ¿qué os trae por aquí? Hacía siglos que no veía mortales en el País de Nunca Jamás.

—¿Son mortales, Peter? —pregunta Tootles con ilusión.

—¡No puede ser! —farfulla Curly.

—No te burles de nosotros —se queja Slightly.

—¿Cuándo me he burlado yo de vosotros? ¿Eh? —Se gira hacia ellos, con gesto reprobatorio fingido.

—¡Siempre, Peter! —gritan los gemelos a la vez.

Con la llegada del tal Peter, los niños estallan en un parloteo incesante, unos pisándose a otros, y nos vemos rodeadas por una algarabía de monólogos lanzados al aire. Pulgarcita y yo compartimos un vistazo receloso y la cojo de la mano, para escabullirnos ahora que están distraídos, porque esto no pinta bien.

Justo cuando nos damos la vuelta, algo negro, un poco más alto que Pulgarcita, aterriza frente a nosotras y nos impide el paso. A punto estoy de sacar

una de las dagas, pero me quedo atónita al ver a una sombra delante de mí. Literalmente una sombra de aspecto humano y que relaciono con el manchurrón que percibí antes.

—¿A dónde ibais, señoritas? —Peter Pan revolotea por encima de nosotras y se coloca junto a la sombra, que es idéntica a él—. Gracias por avisarme, amiga.

Chocan los cinco y la sombra se pega a los talones de Peter antes de mimetizarse con la oscuridad de la noche. El chico entrecierra los ojos y nos observa con suspicacia, deteniéndose más de la cuenta en Pulgarcita. Para mi sorpresa, ella no responde azorándose, como suele ser habitual cuando alguien la estudia con semejante intensidad. Me pregunto si será porque se trata de un muchacho de no más de catorce años.

—A ver, aunque me encantaría que fuerais brujas, de verdad que sí —se rasca el mentón con indiferencia—, yo no me lo trago. Las brujas no pueden entrar aquí porque saben que las quemamos.

Su sonrisa se ensancha con una malicia infantil que hace que sus ojillos verdes casi se pierdan, ocultos por las mejillas regordetas de ese rostro angelical plagado de pecas. ¿Significará eso que el Hada Madrina nunca pudo entrar en Nunca Jamás?

—Tienes razón, Peter —reconoce Pulgarcita con dulzura. El chico parpadea un par de veces, del todo complacido por la forma en la que ha pronunciado su nombre o como si se hubiese olvidado de que se ha presentado—. No somos brujas, pero es que nos encanta inventar historias.

—¿Contáis cuentos? —pregunta Nibs, entusiasmado.

—¡Peter, deja que nos cuenten uno! —le pide Curly, emocionado.

Peter tamborilea con el pie en el suelo y se cruza de brazos.

—En realidad, ella es la única que sabe contarlos —intervengo.

La astucia de Pulgarcita es nuestra mejor baza ahora mismo.

—¿De verdad? —pregunta uno de los gemelos.

—¿Cuáles te sabes? —apunta el otro.

Pulgarcita se da un par de toquecitos en la barbilla, en un gesto pensativo, y luego chasquea los dedos frente a ella.

—¡Ya sé! ¿Os sabéis el de la princesa que perdió su zapato de cristal?

Cojo aire con fuerza y me llevo la mano a la cara para ocultar la diversión por la referencia a Cenicienta.

—¡No!

—¡Cuéntalo!

—¿De qué va?

Los niños se vuelven locos ante la mención de un cuento que en realidad no es más que historia y se mueven nerviosos a nuestro alrededor, las armas olvidadas por completo. Peter se lleva la mano a la boca y cacarea con fuerza, sonido que hace callar a los niños al instante, obedientes.

—Hoy no es noche de hoguera, niños, ya lo sabéis —los reprende, como si fuera su padre. Después, devuelve su atención a nosotras—: ¿Me vais a explicar cómo habéis llegado, dos mortales, hasta aquí? No me gustaría tener que llevaros a la Roca de los Desamparados para obligaros a hablar. —Intenta que su voz suene amenazadora, pero el timbre le cambia y a duras penas reprime un gallo—. Y daos prisa, porque los *picanniny* tienen que rondar por aquí. A menos que queráis que os arranquen la cabellera, claro.

Lo suelta con indiferencia fingida, observándose las uñas, y yo ya no sé si habla en serio o si va de farol, ni qué diantres son esos *picanada*.

—James Garfio nos ha traído hasta aquí —responde Pulgarcita en tono dulce.

—¿Garfio? —Peter hace una mueca de desagrado y los niños se revuelven, disconformes por la mención del capitán del Jolly Rogers—. Ese bastardo no hace más que dejarnos porquería.

—¡Eh! —se ofende Pulgarcita, los brazos en jarras.

Peter se muerde el labio inferior y se da por regañado, aunque no emite disculpa alguna.

—No te preocupes, nosotras tenemos tantas ganas de irnos como tú de echarnos —comento en tono burlón, desafío que a Peter le agrada.

—¡No, Peter!

—¡Que la señora no se vaya!

—¡Sabe cuentos!

Cómo cambian las tornas: teniendo en cuenta que le han disparado una flecha por la espalda, ahora no quieren que se vaya.

—Pero no pertenecen a este reino —les explica Peter—. Querrán volver al suyo.

—En realidad… —interviene Pulgarcita, en tono confidente y atrayendo la atención de los críos—. Estoy dispuesta a venir de viaje a contaros más cuentos si, a cambio, nos ayudáis en una cosa.

—¡Peter, di que sí!

—¡Sí! ¡Sí!

—¡Vamos, Peter!

Peter se muerde los carrillos por dentro para contener la emoción que lo invade ante la idea de tener una cuentacuentos personal. Y doy gracias por que Pulgarcita esté aquí conmigo, porque de no ser por ella, yo no habría acabado bien parada en todo esto.

—Pero es una misión muy peligrosa —añade la chica. Los niños se acercan más a nosotras, motivados por un buen riesgo.

—No hay nada lo suficientemente peligroso como para que Peter Pan no pueda enfrentarse a ello —se regodea el chico.

—Muy bien, pues entonces llévanos al País de las Maravillas.

Una última aventura



Roja



Si cuando acabamos con la Reina de Corazones alguien me hubiera dicho que, poco más de un mes después, volveríamos a estar todos reunidos, le habría escupido en la cara. Y aquí estamos. Sin nadie a quien escupirle, porque parte de la responsabilidad es mía.

Tamborileo con los dedos sobre la mesa, la barbilla apoyada en el puño contrario cerrado, mientras miro de uno a otro. Hay varias conversaciones teniendo lugar al mismo tiempo. Por un lado, Olivia pregunta a los asistentes si alguno quiere un refrigerio o una bebida —tarea que deberíamos asumir Axel o yo, ya que estamos en *nuestra* casa, pero somos demasiado pasotas como para ser buenos anfitriones—; por otro lado, Maese Gato se está poniendo al día con la sultana, a la que no ve desde la Batalla de las Reliquias, como si esto fuera una simple reunión de viejos amigos. Tahira, por su parte, está junto a la chimenea, con Axel, hablando de vete tú a saber qué. Y nadie quiere empezar a hablar de lo que verdaderamente importa porque falta una persona. O dos, tal vez.

Resoplo y Liv capta el sonido, porque me mira y se acerca a mí con una jarra bien cargada de espuma.

—Toma, te sentará bien.

—No quieres que tengamos esta conversación conmigo borracha.

—Ah, no, te prefiero borracha. Te vuelves mucho más dulce.

La fulmino con la mirada y me encuentro con una sonrisa radiante que he añorado.

Es alucinante el cambio que ha dado Olivia en este mes escaso en el que hemos podido asentarnos en nuestros terrenos en el Bosque Encantado. Entre Axel y yo construimos la cabaña, en la que ahora hay *demasiada* gente, en tiempo récord —aunque aún nos quedan cosas por terminar—, y luego levantamos otra para Olivia, lo suficientemente alejada como para que todos tengamos privacidad. Durante ese tiempo, mi cuñada ha sido de lo más… dispar. Tan pronto está alegre y risueña —la Liv de mis recuerdos— como abstraída y encerrada en sí misma. Si lo que Axel y yo vivimos durante los meses previos a la calma fue un infierno, lo que vivió ella no tiene ni nombre. Estar encerrada en su propio cuerpo, sin poder manejarlo, sin conciencia propia y perdiéndose de vez en cuando…

Le doy un trago largo a la cerveza caliente, que me templa la garganta y los nervios.

—Así me gusta.

Liv me da una palmada vigorosa que casi hace que escupa el líquido y me dedica una sonrisa de oreja a oreja. Cuando se aleja de mí para atender a los invitados, se me escapa una media sonrisa de felicidad. Porque ha avanzado, poquito a poco, pero siempre hacia adelante. Esos días grises cada vez son menos frecuentes, aunque puede que en parte sea porque nunca quiere hablar de lo que vivió exactamente recluida junto a la consciencia de la Reina de Corazones. No obstante, mientras sane…

Cada uno tiene sus propias batallas y se enfrenta a ellas con las armas que tiene. Como Axel y yo.

Nuestros ojos se encuentran en la distancia con esa facilidad tan propia de los vínculos, y sus labios se curvan de ese modo pernicioso que reserva solo para mí.

«Será capullo…», pienso con la jarra de nuevo en los labios.

Porque sabe lo que genera ese movimiento sutil de sus labios en mi cuerpo. Toda una oleada de calor que me hace apretar los muslos.

Te he oído, malhablada.

Esta vez sí me atraganto y me toca escupir la cerveza dentro… bueno, dentro de la cerveza. Alejo la jarra de mí y me limpio los labios con la manga. Cuando vuelvo a mirarlo, su sonrisa ha cambiado a esa socarrona que me encanta y me enerva al mismo tiempo.

Aún no sé si echaba de menos o no que pudiéramos colarnos en la cabeza del otro en cualquier momento. A veces es un alivio, porque sé que es imposible que me oculte nada —después de que me ocultara demasiadas cosas— y me ayuda a trabajar en la forma de perdonarlo y reencauzar nuestras vidas. Otras veces, echo en falta tener un mínimo de privacidad, sobre todo cuando me apetece arrancarle la cabeza después de que se tire una mañana entera chinchándome.

Puedes insultarme y hablarme todo lo mal que quieras, cariño. Pero si es en la cama, mejor.

Se me escapa una risa seca que atrae la atención de Olivia, quien, suspicaz, mira de uno a otro.

Un par de golpes en la puerta atrae nuestra atención, y el silencio se hace dueño del salón.

—Voy yo —dice Axel.

Por mucho que hayamos dejado atrás los días de tener que vigilarnos las espaldas, aún no nos hemos deshecho del recelo que nos mantuvo con vida meses atrás.

—No sabía que vos también veníais, duque.

Mi cuerpo se pone rígido al instante, aunque aún ni siquiera lo he visto, porque el recibidor está separado del salón. Han pasado unas cuantas semanas desde que lo vimos por última vez, en su cuerpo humano y felizmente emparejado con Bella, pero no puedo ignorar la tensión que siempre hubo entre nosotros.

Culpa de ambos, las cosas como son.

—No iba a dejar que hiciera el viaje ella sola.

—Me alegro de volver a verte, Axel.

—Y yo a ti, Anabella.

Tahira, Gato y Yasmeen toman asiento en la mesa circular del centro del salón. Olivia, por su parte, se queda junto a la chimenea, jugueteando con sus propios dedos, visiblemente incómoda. Nunca le gustaron los desconocidos, pero después de haber tenido dentro de su cuerpo al parásito de la Reina de Corazones, imagino que ahora menos todavía. Me nace el impulso de levantarme para protegerla, porque el instinto de alfa de la manada está ahí, pero justo entonces entran al salón los recién llegados.

Bella sigue tan despampanante como siempre, con esa belleza irreal que me hizo sentir celos de ella al principio. Axel la conduce hasta Olivia para presentarlas, y la antigua bibliotecaria la estrecha en un abrazo que le arranca la rigidez del cuerpo a mi cuñada.

—Encantada de conocerte.

—L-lo mismo digo.

Las mejillas de Liv se ruborizan y aparta la mirada.

Igualita que su hermano…

No sé de qué estás hablando, ríe Axel en mi cabeza.

Ya, porque no te pusiste a babear en cuanto la conociste. Enarco una ceja, consciente de que está atento a mis movimientos aunque ahora esté haciendo las presentaciones con el duque.

La única persona por la que he babeado alguna vez en mi vida eres tú. Río por la nariz y niego con la cabeza, incrédula. *Otra cosa es que me haya deleitado con las vistas, lo que no es ningún delito*.

Estoy a punto de rebatirle, pero me interrumpe incluso dentro de mi cabeza.

Y no me seas hipócrita, que hasta a ti te palpitan ciertas partes del cuerpo cuando la miras.

Tengo que girar la cabeza a un lado para que el resto de invitados no me vea reírme de su comentario. Y él tampoco, para qué engañarme.

V*ictoria*, corea en mi mente, animado.

—Hechas las presentaciones —digo, atrayendo todas las miradas—. ¿Qué tal si hablamos de lo que realmente importa?

Hay distintos intercambios de miradas, porque vamos a enfrentarnos a otra tarea complicada, pero es la que menos esfuerzo me va a costar de todas en las que me he visto enfrascada. Apoyando los dedos sobre la mesa, me pongo en pie y paseo la vista por nuestro equipo. Un equipo verdaderamente unido por el mismo fin, y no por motivaciones propias.

—Es hora de que hablemos con Wendy.

Lobo



Llevamos el último mes pensando en Wendy a cada rato. Aunque sabemos que está a salvo y que se quedó por voluntad propia, es una espina clavada tan profunda que no hemos conseguido arrancarla por ningún medio.

Tampoco queremos, en realidad.

Esa chica forma parte de nuestra manada, y aunque no podamos traerla de vuelta a este plano, porque no tenemos oro puro con el que pagar el viaje, estamos dispuestos a hacer lo que sea por asegurarnos de que es feliz. Y no sabemos si es feliz o si se arrepiente de su decisión.

Para mi sorpresa, Bri ha sido la que más veces ha sacado el tema de conversación; la que, incluso por las noches, no deja de darle vueltas a un modo de comunicarnos con ella. Por mucho que ahora el sueño la encuentre, a diferencia de lo que le sucedía antes, sé que no está descansando. Que se despierta en mitad de la noche con los fantasmas que siguen a nuestras espaldas. Jamás lo reconocerá en voz alta y lo achacará a que no le gusta dejar cabos sueltos, pero yo la conozco, yo entro en su mente, y sé que se preocupa por ella tanto como lo haría por Liv.

Y, joder, como la quiero. Sobre todo ahora, con esa mirada fiera y dura cargada de determinación. De un fin.

Tal vez ese haya sido parte del problema de este primer mes de calma: que ha pasado el último siglo con algo entre manos a cada instante. Obviando misiones principescas y suicidas, se ganaba la vida con los encargos que la gente de Poveste le hacía, fueran encontrar a una mascota en el bosque, robar una reliquia familiar a otro miembro de la misma familia o… dar toques de atención a quienes se lo merecieran. No está orgullosa de las cosas que tuvo que hacer como cazarrecompensas, pero al menos la mantenía entretenida y no le daba tiempo a pensar.

La construcción de la cabaña ha servido para agotarla y que a veces durmiera del tirón, pero no es el mismo tipo de trabajo que te deja la mente despierta y atenta. Y ella siempre ha llevado eso en las venas, la búsqueda de nuevos retos y de nuevas formas de liarme en nuestra próxima trastada.

Sea como sea, me gusta ver a Bri tan viva. Y, sobre todo, me gusta verla conmigo.

—¿Has encontrado algo en la biblioteca del Palacio de Cristal? —le pregunta a

Anabella antes de que hayan podido sentarse siquiera.

La chica niega con la cabeza.

—Ni en la del palacio ni en la de Adam. —Anabella le lanza un vistazo amoroso a su prometido—. Nada acerca del funcionamiento del Espejo Encantado.

Chasqueo la lengua. Bri y yo teníamos la vana esperanza de que en cualquiera de las bibliotecas más grandes —conocidas— de Fabel encontráramos algo de información. Ni siquiera el propio espejo, el Oráculo, ha sido capaz de ofrecernos esa respuesta, pues las conversaciones con él rondan siempre alrededor de los distintos futuros y no nos atrevimos a indagar demasiado por si hablaba más de la cuenta. Y si no encontramos el modo de hacerlo funcionar como ventana entre mundos, no podremos ver nunca a Wendy.

Si tan solo la Reina Roja se hubiera puesto en contacto con nosotros…

Le lanzo un vistazo a Liv, que se mantiene taciturna, sentada frente a mí. Tiene la mirada perdida en las vetas de la mesa que yo mismo ensamblé hace una semana, y eso solo puede significar que no quiere estar aquí. Todo lo relacionado con el espejo, con esa comunicación plausible con el País de las Maravillas —hogar de sus tormentos— la pone de los nervios, por mucho que contactar con ese lugar suponga también contactar con Nunca Jamás. Después de que Bri me insistiera, en un par de ocasiones le he preguntado a mi hermana al respecto, por si ella sabe la forma de usarlo como comunicador, pero no he conseguido sonsacarle nada. Y ha llegado un punto en el que me siento como si la estuviera sometiendo a una tortura psicológica. Demasiado incluso para mí.

—Entre las viejas leyendas de Agrabah tampoco hemos encontrado nada —declara la sultana.

—¿Y tú, Tahira? —le pregunta Bri.

La genio niega con la cabeza, los ojos cerrados y gesto de resignación.

—Hasta que nos contasteis todo lo que habíais vivido con la Reina de Corazones, no supe de la existencia de espejos comunicadores. Lo siento.

—Tuve una reunión un tanto escueta con Blancanieves —interviene Gato, con ese tono cargado de paz—, y tampoco sabe cómo lo hacía Regina para usar el Oráculo para comunicarse con los reinos más allá de las aguas.

—Me tienta muchísimo recurrir a la Bruja del Mar —masculla Brianna, más para sí misma que para el resto.

Aun así, atrae las miradas de todos los presentes, porque eso son palabras mayores.

—No puedes hablar en serio —le respondo.

—No, pero tal vez nos dejase hablar con la Reina de Corazones. La tiene encerrada en su caracola, ¿no? No hay fuente con más información al respecto que ella.

Liv se estremece sobre su asiento y se abraza la cintura antes de negar una

sola vez con la cabeza. Es evidente que está hablando consigo misma dentro de su mente, una de las distintas secuelas que le han quedado después de un siglo viviendo con una especie de doble personalidad. Lo que no me gusta tanto es el ceño fruncido que le dedica Adam, sentada a su lado, como si estuviera junto a un insecto.

Sin pretenderlo, se me escapa un gruñidito bajo que podría haber pasado por el arrastrar de una silla. De no ser por que nadie se ha movido de su sitio. Bri me mira con el ceño fruncido y luego a Liv.

—¿Tiene algún problema, duque? —le suelta, a bocajarro.

Mis labios se curvan con complacencia. Ay, Bri…

—¿Qué? —responde.

Anabella pone ojos como platos y enrojece, mirándonos de hito en hito sin comprender qué está pasando.

—Si no le gusta la compañía, ahí tiene la puerta.

—Roja —intenta mediar Tahira.

Me tienta retreparme en la silla a contemplar este combate, que tendría clara vencedora.

—No es que no me guste, es que ella es una fuente igual de rica que la Reina de Corazones.

Ahí está, lo que sé que todos estaban pensando y nadie se atrevía a decir.

—Liv no sabe…

—No —la interrumpe la aludida—. Sí que… Agh, Luna bendita…

Cierra los ojos con fuerza y se frota las sienes, negando con la cabeza una vez más.

—Liv, no tienes por qué decir nada que no quieras. —Intento tranquilizarla, porque el taconeo de su pierna empieza a mover la silla.

—No es eso, es que… Ugh. Todo está muy borroso. Los días se entremezclan. Su vida y la mía… Es una neblina. Y no consigo… Es que es…

Se golpea las sienes con los puños y Bri se levanta al instante, antes incluso de que yo pueda hacerlo. La agarra por las muñecas con firmeza y evita que siga golpeándose. Sé que es el instinto del alfa lo que la ha instado a levantarse, y aun así, algo se reblandece dentro de mí al verla protegerla. Dedicándole una mirada seria, se acuclilla frente a ella y atrae su atención.

—Así no, Liv.

Los ojos de mi hermana se anegan de lágrimas y mi propio instinto de protección como pareja de la alfa se activa de repente. Antes de saber qué estoy haciendo siquiera, me he puesto en pie y me he detenido detrás de la silla del duque. Mis dedos se incrustan en el respaldo y tiro hacia atrás, separando la silla de la mesa.

—¿Axel? —pregunta Anabella.

El resto de los invitados se crispan, y a mí me importa una mierda. Nadie hace

llorar a mi hermana, porque no es la firmeza de Brianna lo que la ha quebrado.

—Lo invito cortésmente a que se largue, duque.

—Axel, venga ya —me recrimina Tahira, y la ignoro, puesto que solo tengo ojos para el hombre que me sostiene la mirada, retándome.

—Para, Ax. No… Él no… —Reticente, devuelvo la atención a mi hermana—. No es su culpa. Es que yo… Agh. ¡Es muy frustrante!

—Liv. Liv, mírame. —Olivia obedece, motivada por la orden del alfa que yo mismo he sentido en el ambiente—. Quiero que cierres los ojos e inspires hondo. —Ella así lo hace—. Estás en Fabel. Estás a salvo. Estás con tu manada. En casa.

—Estoy en Fabel. Estoy a salvo. Estoy con mi manada. En casa.

Repetir esas palabras una y otra vez es lo único que parece funcionar últimamente para sacarla de esas espirales que me niego a llamar locura.

—¿Hay algo que quieras decirnos? —prueba a preguntar la sultana, y yo la miro con los ojos entrecerrados.

Esa mujer me cae mejor que Adam, puesto que solo nos brindó bondad desde el principio, a diferencia de él. Pero no me gusta que presionen a Liv.

—¡Sí!

—Pues dilo, entonces —suelta el duque.

La madera bajo mi mano cruje, y hasta Anabella se percata de que su prometido está hablando más de la cuenta. Comprendo que no nos tenga en muy alta estima, teniendo en cuenta la de quebraderos de cabeza que le dimos. Pero le presentamos al puñetero amor de su vida, podría relajarse un poco.

Podríamos relajarnos todos, en realidad.

Bri tiene razón. Y que ella, precisamente *ella*, me tenga que decir que me relaje… No sé cómo tomármelo, pero me esfuerzo en inspirar hondo y en soltar el aire despacio.

—Es que no me… No eran mis recuerdos. —Liv mira a un lado y a otro, como cerciorándose de que está a salvo—. Sé que hay… Uf. —Se masajea las sienes de nuevo, pero esta vez con más delicadeza—. La Reina de Corazones se enfrentó a alguien… Una vez. Y luego… Ese alguien ya no. Pero ese alguien pudo…

«Ese alguien…».

Como si sus palabras hubieran abierto la puerta de mis propios recuerdos, me viene a la mente algo de lo que hablaron los habitantes del País de las Maravillas. Alguien que debería haber vuelto y no lo hizo. Alguien cuyo papel yo asumí para derrotar por segunda vez a la Reina de Corazones, aunque esperasen que fuera otra persona.

—Creo… Creo que sé a quién se refiere —murmuro, perdido en mis propios recuerdos—. Hay que encontrar a Alicia.

Roja



Las siguientes dos semanas las pasamos sumergidos en un millar de documentos censales que las princesas de los Tres Reinos tienen a bien cedernos, por respeto y, qué narices, porque nos deben la vida. Los príncipes no se mostraron tan abiertos a participar en esta búsqueda cuyos únicos beneficiados seremos nosotros, no sus amados territorios. Y a mí no podría importarme menos.

Bella y el duque regresaron al ducado de Colwir, no solo para intentar tirar del hilo desde allí, sino porque sus nupcias están cerca y aún les queda mucho por preparar. Tal vez por mediación de su prometida, o porque se sintiera mal por haber presionado a Olivia, accedió a ponerse en contacto con el regente de Landia, un muy buen amigo suyo, por si pudiera facilitarnos cualquier información sobre la existencia de alguna Alicia en su región.

—Ojalá pudiéramos tenerlo resuelto a tiempo —suspiró Bella a las puertas del carromato, con un ceñudo duque esperándola en el interior.

Axel le dedicó una sonrisa a medio camino entre cómplice y triste.

—Nos esforzaremos para que así sea —le respondió—. Y si no, cualquier otro día será un momento igual de alegre.

—Ya…

Bella hizo un mohín y volvió a suspirar, con la añoranza brillando en sus ojos. Durante el poco tiempo que nos acompañó en aquella última gran aventura, Wendy y ella hicieron muy buenas migas. Cuando volvimos al palacio de duque para resolver lo del pacto de sangre que asumí por Tahira y ponerlos al día de la situación, no pudo evitar echarse a llorar, siendo que aquella chiquilla había sido su única amiga y se había quedado sin tiempo de forjar una relación más estrecha.

Para mi desgracia, me vi demasiado identificada con ella.

Axel abrazó a Bella para despedirla y yo me limité a hacerle un gesto con la mano antes de regresar al interior de la cabaña. La sultana había partido esa misma mañana, puesto que no podía estar fuera de Nueva Agrabah durante periodos demasiado largos. Por lo que sabemos, aunque lleva desde antes de la caída de la bruma al frente de su nación, ella es la primera sultana, y aún los hay reacios a su mandato. Vive en una fragilidad que no envidio nada, sobre todo cuando una noche se quejó de las presiones a las que la sometían en busca de un posible heredero, fuera de sangre o no, en caso de que a ella le pasara algo.

A Tahira se le iluminan los ojos cada vez que hablan de hijos hipotéticos, pero

Yasmeen se siente demasiado joven para ser madre o tutora, por mucho que me saque más de diez años. Y no la culpo, yo creo que nunca me veré preparada para dar ese paso, aunque el corazón se me reblandezca al pensar en un lobito o una lobita.

En estas dos semanas después de esa extraña pausa, he vuelto a sentir mi paciencia al límite. Con Tahira y Alfombra viviendo con nosotros, después de que dejaran a la sultana en Nueva Agrabah, la cabaña se nos queda demasiado pequeña para las largas reuniones de estudiar documentos. Gato se quedó en el Palacio de Cristal después de solicitar los censos, para sumergirse en la extensa biblioteca en busca de alguna pista que seguir. Y aunque Tahira es la que más trabajo hace, mi humor no hace más que agriarse por dar vueltas y más vueltas alrededor de lo mismo.

Hay demasiadas Alicia en toda Fabel.

En cuanto identificamos un par en la misma zona, Alfombra y Tahira viajan a las distintas ubicaciones para hablar con las aludidas. Algunas ni siquiera residen donde indican los censos, otras están muertas, unas pocas los reciben y les aseguran no ser ellas.

Cada noche, hablo con Axel en busca de alguna otra pista que se haya quedado escondida en una mente que sufrió demasiado estando en el País de las Maravillas —con Olivia es imposible intentarlo— y cada noche volvemos al mismo callejón sin salida: Alicia no estaba muerta cuando viajó más allá de las aguas y se encargó de echar a la Reina de Corazones la primera vez. Tal vez ella, siendo una mortal que vivió allí durante un periodo de tiempo, sepa cómo emplear los espejos como medio de comunicación.

Los días se entremezclan y las noches se vuelven borrosas, y con cada jornada que transcurre, tengo más la sensación de que Wendy, allá sola —o con Campanilla si es que la encontró—, pensará que nos hemos olvidado de ella. Y nada más lejos de la realidad.

Estoy repasando el vigesimotercer archivo censal cuando la puerta de entrada se abre. Axel y yo intercambiamos un vistazo nervioso y, por inercia, ambos nos abalanzamos a por nuestras armas, que siempre andan cerca. Me pregunto si llegará el día en el que dejemos de estar tan alertas; el día en el que sintamos que nuestras vidas ya no corren peligro.

Para nuestro alivio, es Tahira la que aparece en el salón, seguida de una Olivia de rizos revueltos.

—Hemos interceptado al mensajero privado del duque —anuncia la genio sin más, con una misiva entre las manos.

—¿Y?

Axel arquea una ceja por mi brusquedad, pero tampoco es que me importe.

—El regente de Landia ha colaborado y le ha cedido información. Está allí, la última Alicia a la que recurrir.

Roja



Al final, por bocazas, imagino, tenemos que volver a Landia, el reino en el que se encuentra la gruta de la Bruja del Mar. Y por mucho que Axel debiera ser el más afectado por regresar, por todos los recuerdos que encierra ese lugar, la que no consigue pegar ojo la noche previa a nuestra partida soy yo.

Si bien he trabajado mucho en su perdón, tampoco me resulta sencillo hacer como si nada hubiera ocurrido. Y ninguno de los dos quiere eso, aunque podría ser lo más evidente.

En este mes y medio de extraña calma, Axel se ha vuelto de lo más servicial. No debería regodearme con ello, porque sé que es fruto de los resquicios de la culpa por haberme traicionado y ocultado que Olivia seguía viva, pero también sé que él necesita sanar consigo mismo, y esa es la forma que tiene de sentir que me recompensa de algún modo. Desde el principio le dejé claro que no era necesario, que no tenía que ganarse mi perdón de ningún modo, porque las cosas no funcionan así; no obstante, la única forma de sentirse mejor consigo mismo es tratándome como a una reina.

A estas alturas de nuestra convivencia, ya me he cansado de decirle que soy tan capaz de hacer cualquier cosa como él, por lo que me limito a disfrutar de las cenas románticas, de que me prepare baños a los que gustosamente se une o que haya llenado la casa de tallas de madera que me regala cuando menos me lo espero.

Y ahora que tenemos que volver a Landia… Temo que esa extraña tregua que hemos construido, del mismo modo que hemos erigido la cabaña que se alza sobre nuestras cabezas, se tambalee o se quiebre. ¿Podremos enfrentarnos a esos fantasmas estando tan cerca del lugar en el que se originaron?

En este tiempo he intentado ser feliz, y sin embargo no consigo deshacerme de la sensación de que vivimos con tiempo prestado. Siempre a la espera de que aparezca alguna fuerza de la naturaleza que lo retuerza todo. O de despertar de este sueño tan bonito. ¿Y si volver a Landia, donde la Bruja del Mar lo forzó a contarme sus secretos mejor guardados, es ese detonante?

—¿No puedes dormir? —murmura Axel en mi cuello, con la voz pastosa.

Se mueve detrás de mí, apretándome contra la dureza de su… alegría matutina.

—¿Qué has estado soñando? —le pregunto entre risas, mientras aspira mi

aroma y deja una decena de besitos tiernos en mi cuello.

—Para qué contártelo si puedo mostrártelo.

Me muerde con la fuerza suficiente como para que deje escapar un gemido ahogado, en parte por la sorpresa, y me revuelvo entre sus brazos.

Aunque las sábanas sean la fortaleza perfecta y nada me apetezca más que enredarme entre sus piernas, la triste realidad es que hoy no podemos. Y así se lo hago saber dándole una palmada reprobatoria en la mano que empezaba a perderse por debajo de mi camisón.

Él hace pucheros y me agarra con más fuerza. Me retuerzo entre sus brazos, incapaz de borrarme la sonrisa de los labios, y consigo darme la vuelta para mirarlo a la cara. La imagen de su rostro recién despertado me golpea con fuerza, porque es imposible que nadie esté tan guapo con las arrugas de la almohada marcadas en la cara, pero él sí. Siempre sí. A cualquier hora.

—Si sigues mirándome así, me va a importar bien poco retrasar nuestro itinerario —ronronea de camino a mis labios antes de plantar un beso intenso que me arrebata el aliento.

Maldita sea, está siendo muy convincente.

Sobre todo teniendo en cuenta que sus manos están descendiendo hacia mi culo.

—Axel…

—¿Hm? No estoy haciendo nada.

—Ya.

Pongo los ojos en blanco y él sonríe de medio lado, de ese modo tan suyo que hace que aparezca el hoyuelo izquierdo. Con un suspiro que entremezcla demasiadas emociones, me deleito con lo bonito que es tenerlo aquí a mi lado, sin preocupaciones ni ceños fruncidos. Tan solo siendo él y yo, con la carne de nuestros cuerpos marcada por una historia compartida.

Con tiento, paso las yemas sobre su pecho y él inspira hondo con los ojos cerrados. Sigue sin gustarle que lo toque ahí, donde antes se encontraba el tatuaje del clan de la Luna Parda y ahora hay una enorme cicatriz de piel quemada. Pero a mí me gusta recordarle que nada en él podría horrorizarme, por lo que me inclino hacia delante y beso la piel cicatrizal con el mismo amor que él me profesa en cada roce.

Dos golpes fuertes en la puerta del dormitorio hacen que Axel gruña y yo sonría para mis adentros.

—¡Eh! ¡¿Estáis despiertos?!

—Y si no lo estuviéramos, ahora sí —murmura él antes de cubrirse la cabeza con la sábana.

—¡Me da igual, voy a entrar! ¡A la de tres! —Suspiro por la nariz y observo la puerta levantándome sobre el codo—. ¡Una…!

Olivia abre la puerta, sin esperar a llegar a tres, con los ojos tapados con una

mano y se queda plantada ahí en medio.

—Voy a mirar, ¿eh?

—Puedes mirar… para mi desgracia —añade Axel desde debajo de las sábanas y en un tono que es solo para mí.

Aunque su hermana, con oído de loba, evidentemente lo ha escuchado.

—Por favor, Axel, no me hagas vomitar el desayuno.

—Hmm… tufo a vómito recién levantado, mi sueño húmedo —ironiza su hermano.

Se me escapa una risita y mi marido me pincha en la tripa por debajo de las sábanas, haciendo que el sonido se vuelva más audible por las cosquillas.

—¿Es que nunca piensas en otra cosa? —lo riñe su hermana.

Con paso airado, se acerca a los pies de la cama y tira de las sábanas para destaparnos.

Axel pone los ojos en blanco y, después de unos segundos de silencio, se estira cual gato. La cama cruje y chirría con el movimiento y a punto está de tirarme del colchón. Pero, cuando voy a caer, ahí está su brazo para enroscarse alrededor de mi cintura.

—¿A dónde crees que vas? —murmura contra mi cuello con esa voz que me hace ruborizar.

—¡Ah, Luna bendita! Qué asco dais. —Olivia finge una arcada—. Ni que estuvierais recién casados.

—Técnicamente, sí —le recuerda su hermano—. Solo ha pasado un mes.

—«Solo» y «un mes» no encajan.

—Ni siquiera hemos tenido luna de miel.

—Vuestra luna de miel podría ser *esta*.

—¡Ja! —Su carcajada me recorre de arriba abajo—. Cuando mi mujer y yo nos vayamos de luna de miel, no llevaré a mi hermana pegada a mis zapatos.

Agrio el rostro al pensar en luna de miel y Landia en la misma frase. Ni muerta.

—¡Eh! ¡Que yo no quería ir!

Olivia se cruza de brazos con un mohín en los labios, y yo solo puedo sonreír ante ese tira y afloja al que aún no me he reacostumbrado. Son tal para cual, y si el amor que Axel siente por mí rivaliza con el de alguien es con el de su hermana, a la que le encanta chinchar. Algo mutuo.

—Yo sí quería que vinieras —intervengo, zafándome de la cárcel de brazos.

Axel pone el mismo gesto lastimero y contrariado que su hermana, único indicativo de que son familia, porque físicamente no comparten rasgos más allá del tono de piel y de cabello. Y, bueno, los ojos color miel propios de los licántropos.

—Pues id moviendo el culo. —Olivia tira de nuevo de las sábanas, ya que Axel había aprovechado para taparse otra vez, y se la lleva consigo—. ¡Tenéis cinco

minutos!

Olivia se marcha dando un portazo y mi esposo suspira. Salgo del camastro —que, por como cruje, no ensamblamos bien— y aprovecho para estirarme.

Axel se queda sentado en el borde de la cama durante varios segundos, planteándose su mismísima existencia, al parecer.

—Aún no has respondido a mi pregunta —dice sin girarse hacia mí.

—¿Hm?

Rodeo la cama para llegar hasta él y me siento en su regazo, mis brazos alrededor de su cuello como si ese fuera su estado natural.

—¿No podías dormir?

Enredo los dedos en sus cabellos, deleitándome con lo sedosos que son, y niego con la cabeza.

—Solo me he desvelado.

—¿Pensando en el pasado?

Cierra los ojos y suspira contra mi cuello.

—Sí y no. Un poco de balance.

—Nada nos va a quitar esto, Bri —susurra sobre mi piel—. Se acabaron las maldiciones. Se acabó lo de tener el mundo en contra. —Besa la piel sensible bajo mi oreja—. Solos tú y yo.

—Tú y yo… —casi jadeo cuando sus dientes encierran mi lóbulo.

—Cinco minutos es tiempo más que suficiente…

Me siento a horcajadas sobre él y nuestros ojos entran en contacto.

—De sobra.

Y antes de que pueda soltar cualquier comentario sarcástico o de ego inflado, mis labios están sobre los suyos y me trago sus palabras.

Lobo



Creo que el amor consiste en saber cuándo reírte de la persona a la que quieres. Cuándo su desgracia no es lo suficientemente importante o vital como para burlarte y chincharla. Al fin y al cabo, se supone que te enamoras de tu mejor amiga. Y mi mejor amiga, ahora mismo, tiene la cara más verde que un guisante y está maldiciendo a todo lo maldecible por tener que volar en Alfombra.

En realidad, echaba un poco de menos estos momentos sencillos, en los que veo a mi esposa a punto de echar la primera papilla y recuerdo lo mucho que se rio ella de mí cuando volamos con polvo de hadas hacia la Cueva de las Maravillas y se me dio tremendamente mal. Me ha amenazado con potarme encima si sigo mirándola con una sonrisilla en la cara, pero no puedo evitarlo. Es justicia poética, en cierto modo.

Olivia, por su parte, lo está llevando bastante bien. Va agarrada a una de las borlas de Alfombra como si la vida le fuera en ello, con los ojos cerrados y rezándole a Luna para que no nos estrellemos, pero bien. Cuando llevamos un par de horas de viaje, decido hacer piña con Tahira, en la parte trasera de la alfombra voladora de camino a Landia, donde el movimiento se percibe un poco más.

A juzgar por cómo me ha mirado desde que las sacamos del embrujo del oro con la escama de Galtur, sigue recelando de mí. Y no la culpo. Ella intuyó, antes que Bri, que le ocultaba algo gordo. No obstante, poco a poco se va sintiendo más cómoda en mi presencia, casi como al principio, cuando estuvimos buscando las Tres Reliquias.

—¿Echas de menos a Yasmeen?

Tahira hace un mohín, su espesa coleta azabache meciéndose tras nosotros con el viento. Esos iris tan morados chispean con algún sentimiento que no consigo capturar y lanza la vista al cielo despejado, como si pudiera verla en el firmamento.

—Dos semanas separadas no es nada en comparación con un siglo recluida en una lámpara.

—Eso no significa que no puedas echarla de menos.

Algo en su lenguaje corporal cambia, porque los hombros se le hunden y suspira. Aunque intenta reprimirlo, en sus labios gruesos se instala una sonrisa un poco triste.

—La echo de menos, sí. Cada día de mi existencia la extrañaré, incluso aunque

la tenga delante. Es… Es como si nunca tuviéramos tiempo suficiente.

—Te entiendo —digo lanzando un vistazo a Bri, que ahora mismo está tumbada bocarriba, con los ojos cerrados y la mano sobre la frente. Su piel ha pasado de ser verde a pálida, y eso ya no me gusta tanto—. ¿Y habéis hablado de qué pasará cuando envejezca?

Brianna y yo compartimos casi el mismo ciclo de vida. Y ese «casi» me martiriza, aunque intento no pensarlo demasiado. Porque ella es mestiza, y yo licántropo. Los licántropos vivimos más que los humanos, y no sé qué parte de su mestizaje ganará en términos de longevidad. Solo de plantearme la posibilidad de que muera veinte o treinta años antes que yo, el corazón se me comprime y los ojos se me anegan de lágrimas.

—Es una pregunta bastante irrespetuosa, ¿no crees?

El tono de Tahira es seco, pero sé que es porque encierra el mismo tipo de dolor que llevo yo por dentro.

—Pero sí, lo he pensado. Aún… Aún no hemos hablado de ello.

—¿Podrías hacerla inmortal?

—No lo sé. La única forma que conozco de hacer a alguien inmortal es anclándolo a una lámpara. Ella no es un diamante en bruto, nunca lo ha sido. —Su timbre adquiere un cariz extraño—. Ella es un diamante pulido, es buena por naturaleza y hasta decir basta. Solo los diamantes en bruto pueden empuñar las lámparas para que el destino compruebe si son buenos o malos, y de ahí…, bueno, se tiene mucho en consideración para saber si el día de mañana acabarás en Nunca Jamás o en el País de las Maravillas.

—Pero tú sí eres un diamante en bruto, podrías ser dueña de su lámpara. Aunque no sé si una misma persona puede tener dos.

—Sí, se puede. Pero no me gustaría tener su existencia en mi poder.

—¿Preferirías que muriera?

—Prefiero lo que ella quiera. Si decide vivir su vida mortal, así lo respetaré.

Uf, sus palabras me golpean como un mazazo, porque yo… Yo soy demasiado egoísta para eso. Supongo que es un tipo de amor diferente; que el suyo es más puro. Porque si tuviera la posibilidad de garantizar que Brianna viviera el mismo tiempo que yo, haría lo que fuera para lograrlo y…, mal que me pese, no sé hasta qué punto me importaría su opinión. Aunque eso dice mucho de mí, tampoco sé si me molesta verdaderamente.

—Ya estamos llegando.

—Gracias, gracias… —masculla Bri con la voz pastosa.

Revolviéndose sobre Alfombra, consigue darse la vuelta y mirar más allá, hacia el pequeño castillo a la orilla del mar.

Roja



En nuestro anterior viaje a Landia, no llegamos a ver el palacio porque quedaba lejos de nuestro destino, pero ahora que lo estamos sobrevolando, he de reconocer que lo esperaba… más grande. Acostumbrada a las enormes fortalezas de las capitales del Bosque Encantado, la Comarca del Espino y el Principado de Cristal, este edificio se parece más al castillo del duque.

Tan solo tiene dos cuerpos, redondos ambos, con pináculos de terracota, aunque lo verdaderamente impresiona es la pasarela de piedra, con varias arcadas bajo ella, como si fuera medio acueducto que se adentra en el mar.

No obstante, por una vez, no es a un palacio al que vamos a recurrir, sino a su ciudad. Atlanda, la capital de Landia, es el hogar de la última Alicia que nos falta por interrogar. Podríamos haberle pedido a Tahira que se encargara ella misma, como ha estado haciendo estas últimas dos semanas, teletransportándose aquí y allá o usando a Alfombra cuando se sentía demasiado cansada. Pero siendo que es nuestra última esperanza, Axel sugirió que no sería buena idea dejar esa carga sobre ella. Porque ¿cómo les comunicas a tus amigos que nunca encontrarás la forma de contactar con un ser querido?

Así que aquí estamos, recorriendo las callejuelas de casitas encaladas, con el suelo adoquinado mojado por la cercanía con el mar y un profuso aroma a salmuera que me está revolviendo el estómago más que viajar en Alfombra.

Axel y Tahira abren la marcha, con Olivia y yo detrás, puesto que las calles son muy estrechas como para ir todos juntos. A pesar de que no haya indicio alguno de amenaza, no puedo evitar acariciar la empuñadura de Rompemaleficios, recordando todos esos momentos en los que garantizó mi supervivencia y lo que me arrebató para ser forjada.

El nudo que impide que eche hasta la primera papilla se aprieta y miro a un lado y a otro, recelosa. En esta ocasión, Olivia va desarmada, puesto que se siente más cómoda cambiando a su forma de loba —si es que lo consigue a la primera—, aunque Axel y Tahira caminan tan preocupados como yo. Porque la ciudad está inusualmente vacía para ser una capital portuaria y pesquera.

No hemos visto barcos de pescadores encargándose de la captura del día, ni hay mercado gestionando la mercancía. Las casas están cerradas a cal y canto, muchas con los postigos echados a pesar de estar en pleno día, y cuando distinguimos un atisbo de vida al otro lado de una ventana, su morador se

apresura a cerrar las contraventanas.

Es como si fuéramos una amenaza. Y no me gusta ni un pelo.

Axel mira por encima del hombro, para asegurarse de que seguimos de una pieza, y le dedico un asentimiento.

No me hace falta colarme en su cabeza para saber que ambos pensamos lo mismo: hablamos con esa Alicia y nos largamos. No queremos más problemas. Suficientes hemos tenido para toda una vida.

—Es aquí —dice Tahira con voz tensa.

Señala una casita adosada de dos plantas, idéntica a las demás, con las contraventanas de rejillas cerradas y sin dar señal alguna de vida en su interior. Aun así, la genio aporrea la puerta un par de veces. Axel se coloca junto a la puerta, preparado para neutralizar, yo vigilo la bajada de la calle y Olivia la esquina próxima. Ante la ausencia de respuesta, Tahira lanza la vista al cielo, donde Alfombra nos ronda en círculos, por si necesitamos una evacuación de emergencia.

—Esto no me gusta nada —murmuro, aunque no haya necesidad de pronunciarlo en voz alta.

Es como si fuera una ciudad fantasma. Ni un solo viandante, ni un solo crío jugueteando en las calles. La escuela estaba en silencio, las boticas cerradas y hasta la panadería olía a agua salada, en lugar de a pan del día.

La genio golpea la puerta una vez más y da dos pasos atrás, como si pretendiera ver algo a través de las ventanas cerradas. Axel se acerca a la ventana próxima y pega la cara al cristal, haciendo pantalla con las manos para desviar los reflejos.

—La mesa está servida —nos informa.

—Entonces tiene que haber alguien dentro —concluyo.

Axel le lanza un vistazo a Olivia, para cerciorarse de que sigue en su posición, y prueba a llamar él. Como si fuera a conseguir otro resultado.

—Alicia Liddell, no buscamos problemas. —Los dedos de Axel acarician el relieve de lobo de su empuñadura—. Vengo con la Rompemaleficios.

Me crispo al oírlo, porque sigue sin gustarme ni un pelo que se refieran a mí por el sobrenombre con el que ahora se me conoce en todo Fabel. Axel me mira con una disculpa en los ojos y luego vuelve a llamar.

—Solo queremos hablar contigo.

—Esto es una pérdida de tiempo —refunfuña Tahira, con esos brazos poderosos cruzados ante el pecho.

—Es nuestra última fuente de información —le recuerda mi esposo antes de apretar los labios. Su gesto de que está pensando, y de que lo que va a hacer no me va a gustar—. Alicia, queremos hablar sobre el País de las Maravillas.

Alarmada, miro a un lado y a otro y acorto la distancia con él. Lo agarro de la manga de la túnica y lo separo de la puerta, tirando en el proceso para que se

incline hacia mí y su rostro quede cerca del mío.

—¿Es que te has vuelto loco?

Revelar la existencia del País de las Maravillas como un destino real podría ser peligroso, porque aunque todo el mundo lo conozca como el inframundo, no es más que un concepto etéreo en el que muchos ni siquiera creen. Yo no creía demasiado antes de todo esto.

—¿Se te ocurre algo mejor, cariño?

Me dedica esa sonrisa zalamera que me desarma, la que origina el hoyuelo izquierdo, y bufo en respuesta dándole un empellón para separarlo de mí. Cómo odio cuando se pone socarrón.

Mentirosa, ronronea en mi mente. *Te encanta.*

El único motivo por el que me trago la réplica mordaz es porque escuchamos ajetreo al otro lado. Los tres nos preparamos para lo que sea, y Olivia viene corriendo hasta nosotros, un poco agachada para facilitarse la mutación en el aire.

La cerradura chasquea y la madera cruje cuando se abre un resquicio y nos deja ver un ojillo azul.

Lobo



No sé por qué todos habíamos esperado encontrarnos con una mujer de nuestra edad, menor de treinta, pero no es esa la situación. Con el siglo anclados en el tiempo, hemos olvidado que muchos se quedaron congelados en una edad un poco más madura, y así lo sugieren las arrugas en las comisuras de sus ojos, o las propias de haber fruncido el ceño demasiado.

El resquicio de la puerta tan solo nos deja ver una cabellera rubio pálido recogida en un moño apresurado, unos ojos inquisitivos azules y sus ropajes, ataviados con un delantal que ha visto demasiados años.

—No deberíais estar aquí —casi nos gruñe, mirando a un lado y a otro desde la seguridad de su puerta entreabierta.

Frunzo el ceño y deslizo la vista por la calle, aún desierta. Aunque no me guste ni un pelo estar en esta ciudad fantasma, no distingo ningún peligro que la haga estar tan alerta. Y eso me desconcierta más todavía.

—Solo queremos hablar con usted —interviene Liv, por detrás de mí, tan educada como siempre.

Alicia nos escudriña al detalle, en un silencio que nos engulle y que solo está amenizado por el graznido de las gaviotas, que parecen quejarse de no encontrar un botín en el puerto.

—No deberíais estar aquí —repite—. Marchaos cuanto antes.

Alicia intenta cerrar la puerta, pero la detengo interponiendo el pie en el escaso hueco. Aprieto los dientes, porque la presión me molesta, pero no voy a rendirme tan fácilmente. Es evidente que esta mujer tiene información, o no habría reaccionado a la mención del País de las Maravillas. Percibo la tensión de Bri tras de mí, conteniéndose para no irrumpir en casa de esta mujer a la fuerza. Porque la necesitamos desesperadamente.

—No queremos haceros daño —dice Tahira, con los brazos aún cruzados ante el pecho en una pose que le resta dulzor a esas palabras.

Alicia empuja más la puerta e interpongo una mano para impedirlo; esta cede bajo mi fuerza fácilmente.

—No entraremos en su casa a menos que nos invite, se lo prometo —le aseguro, aunque su mirada recelosa sugiere que no se cree una palabra—. Tan solo necesitamos dar con un modo de hacer funcionar los espejos.

Todos nos quedamos como congelados, expectantes por su reacción ante una

información tan sensible. Incluso ella se queda paralizada durante unos segundos y, luego, frunce profundamente el ceño.

—¿Cómo dices?

—Los espejos que comunican el País de las Maravillas, Nunca Jamás y nuestro plano —le explica Bri, con los ojos chispeantes de desconfianza—. Sabemos que hay un modo de hacerlo.

Alicia mira de Brianna a mí y luego a ella de nuevo.

—Preguntadles a las princesas, seguro que ellas lo saben.

Bri y yo intercambiamos una mirada cómplice y nos centramos nuevamente en la mujer. No queda ninguna duda de que posee la información que necesitamos, porque se está comportando de un modo demasiado esquivo.

—No, no lo saben —responde mi esposa—. Ellas esperan a los informes de los guardianes, no saben cómo establecer contacto.

—¿Y qué os hace pensar que yo sí lo sé?

—Que la Reina Roja te mencionó.

Alicia pone los ojos como platos y deja de ejercer fuerza contra la puerta, por lo que me permito sacar el pie y empujar la madera para abrirla un poco más.

—¿Q-qué has dicho? —balbucea.

—Los tres hemos estado en el País de las Maravillas —dice Liv en tono dulce.

—Y en Nunca Jamás —apunta Bri.

Por algún motivo, Alicia pasea la vista hasta Tahira, que esboza una media sonrisa sutil.

—Yo no he abandonado este plano. Supongo que soy la única cuerda.

Le lanzo una mirada reprobatoria, y Bri sonríe ante su triste intento de aligerar la tensión.

—¿De verdad eres la Rompemaleficios? —pregunta en un cambio de tema que me pilla con la guardia baja.

Y no soy el único.

Bri ladea un poco el rostro, con el ceño fruncido tras haberse desvanecido esa diversión momentánea.

—Sí.

—Derrotaste al Hada Madrina y devolviste el flujo del tiempo. —No es una pregunta, pero Bri asiente una vez más—. Si queréis información, tendrás que librar a Atlanda del Ambulante.

Roja



No erraba al tener un mal presentimiento acerca de viajar a Landia, pero me equivoqué en qué se vería perjudicado con todo esto. No es mi relación con Axel lo que peligra, sino mi propia integridad mental.

Desde que accedí a enfrentarme al Hada, me he visto arrastrada a una dinámica de «no conseguirás esto si no haces esto otro» que ha puesto mi vida en jaque demasiadas veces. El problema ahora es que tengo demasiada gente que me importa como para que me resulte tan sencillo claudicar. Ya perdí a la abuelita por uno de esos trueques, y luego perdimos a Wendy por extensión. Si eso vuelve a pasar…

Todo irá bien, me tranquiliza la voz de Axel en mi cabeza.

Igual de bien que las últimas dos veces, en las que moriste.

Si hubiera muerto, no estaría aquí, comenta con indiferencia mientras pasea la vista por el salón de Alicia. Es austero, con un sofá roído frente a una chimenea llena de hollín y cenizas y un par de dibujos colgados de las paredes. Dibujos que parecen hechos por un niño, aunque no haya rastro de ninguno.

Ni se te ocurra hacérmelo una tercera vez, lo amenazo a través del vínculo.

Axel suelta una risilla en mi cabeza y nuestros ojos se encuentran en la distancia, mientras pasea por el salón comprobando el entorno.

J*amás me atrevería a provocar tu ira*, se burla.

La sonrisa que Axel tenía plantada en el rostro se desvanece al caer en la cuenta de la cantidad de veces que ha provocado mi ira de una forma real y visceral.

Quiero restarle importancia, recordarle que dejamos la fase del odio atrás y que estamos trabajando en construir una confianza sólida que le he entregado casi con los ojos cerrados. Pero sé que no importa cuántas veces se lo diga, se lo susurre o lo jadee, que él no se lo creerá hasta que esté bien consigo mismo.

Por eso me centro en Alicia, que se ha sentado en el centro del sofá y tiene la vista clavada en el hueco de la chimenea. Se ha atusado los cabellos del moño encrespado un par de veces, así como se ha alisado el delantal plagado de manchas. Tampoco me ha pasado desapercibido el modo desconfiado en el que contempla las ventanas cerradas a cal y canto, ni el silencio sepulcral de lo que supongo que es una vivienda familiar.

Todo parece muerto en Atlanda, y es hora de saber por qué.

—¿Quién es el Ambulante? —le pregunto en un tono firme.

Ante el silencio de la mujer, observo a Tahira, de brazos cruzados junto a la puerta, y a Liv, sentada en una butaquita adyacente. Lobo mira a Alicia con la misma suspicacia que yo, y sé que ambos nos estamos planteando las formas de hacerla hablar. Algo que tal vez se nos dé demasiado bien, teniendo en cuenta cómo le sonsacamos información a Maléfica dentro del cuerpo de Aurora.

—Es… Es un hombre cruel y avaro —responde en voz trémula. Al instante, los ojos se le cargan de lágrimas, y algo se dulcifica en el rostro de Axel, no así en el mío—. Lleva las últimas semanas haciéndonos la vida imposible a toda la ciudad. Se dedica… —Sorbe por la nariz y se limpia una lágrima rebelde con el dorso de la mano—. Se dedica a secuestrar a nuestros niños.

Liv ahoga un jadeo y Tahira se pone firme. Axel y yo nos miramos con sendos gestos de preocupación. Porque si ese es el motivo de que esta mujer desesperada nos pida ayuda a cambio de información, ya sé que vamos a acceder. Sin siquiera saber a qué nos estamos enfrentando exactamente. Mis compañeros de trabajo son demasiado buenos para mis propios intereses.

Somos tu familia, no tus compañeros de trabajo, me reprende Axel en un tono sarcástico.

Es más fácil odiaros por arrastrarme a esto si no os considero familia.

Liv, atenta siempre a todo, nos mira de hito en hito, a sabiendas de que estamos manteniendo una conversación en paralelo.

Eras la primera en querer hablar con Wendy.

Le lanzo una mueca a Axel y me cruzo de brazos, porque me ha dado en el punto flaco.

—Explíquenos eso —le pide Olivia con dulzura.

—Él… Llegaron a Atlanda hace unos meses. Se hacían llamar Los Bremen y decían que eran músicos ambulantes, aunque tenían de todo menos oído musical. Parecían una panda de animales de granja pegando gritos en la plaza de la ciudad. La gente los ignoró, así que terminaron marchándose. Regresaron un tiempo después como un conjunto acrobático que tenía de todo menos equilibrio, así que sus espectáculos eran patéticos.

Lo último lo suelta con acritud e incredulidad.

—Se volvieron a marchar, con las manos tan vacías como llegaron. O eso creíamos, porque uno de ellos se quedó.

—El Ambulante —deduce Axel, ante lo que Alicia asiente.

—Él… Él empezó a secuestrar a nuestros niños, con su magia extraña.

Mis ojos se encuentran con los de mi marido al instante, porque lo que menos nos apetece en el mundo a estas alturas es enfrentarnos a otro portador arcano.

—Los saca de sus casas en cualquier momento, sin importar que sea de día o de noche. Y los padres… —Ahoga un sollozo lastimero y se cubre la cara con las manos, negando con la cabeza—. Los padres ni siquiera nos damos cuenta de lo

que ha pasado. No lo recordamos.

—¿Se ha llevado a su hijo? —pregunta Tahira con verdadera preocupación.

—A mi hija, Edith. —Mete la mano en uno de los bolsillos de la falda y saca un portarretratos pequeño y dorado. Cuando lo abre, una sonrisa de añoranza se instala en sus labios al contemplar el pequeño lienzo de una niña de mejillas sonrosadas y pelo pajizo—. Tiene siete años. Estaba durmiendo en su cuarto cuando el Ambulante se la llevó.

—¿Qué hay de los otros tres… músicos, o lo que sea? —quiere saber Axel—. ¿Solo él es una amenaza?

Alicia suspira y guarda el portarretratos.

—No lo sabemos, en realidad. Hay gente que tiene recuerdos muy vagos de lo que pasó y que dice que era un único hombre, el que presentaba a Los Bremen y pasaba con su gorra intentando recoger alguna moneda.

Movida por la congoja, Olivia se inclina hacia delante y agarra a Alicia de las manos para transmitirle fuerzas.

—Los encontraremos.

Axel aprieta los labios y aparta la vista, porque la empatía de su hermana puede meternos en un lío.

Si lo que Alicia dice es cierto, si llevan semanas secuestrando a los niños de Atlanda, bien podrían estar muertos a estas alturas. Y asegurarle a una madre que recuperaremos a su hija… Es demasiado temerario.

—¿Qué pasa con los monarcas de Landia? —intervengo, para apartar los pensamientos de esperanza de esa mente torturada—. ¿No hacen nada al respecto?

Alicia se limpia una nueva lágrima y niega con la cabeza.

—Hemos transmitido nuestras súplicas, pero no hemos obtenido respuesta. Según dicen, los monarcas están demasiado ocupados buscándole esposa al príncipe Eric.

Ese cuento me suena demasiado, para mi desgracia, me comenta Axel.

Asiento para mí misma. ¿Unos líderes que deberían proteger a su pueblo y que no lo hacen? Los padres del príncipe Eric podrían sumarse a los regentes de los Tres Reinos. Parece que la única líder que tiene cabeza en todo Fabel es la sultana Yasmeen.

—Así que estáis desesperados —concluyo. Despacio, Alicia alza la vista hacia mí y asiente en un movimiento trémulo—. La desesperación se paga.

Olivia me fulmina con la mirada, tal vez porque, después de un siglo, le sorprenda mi falta de altruismo.

—Os contaré todo lo que sé del País de las Maravillas, es eso lo que queréis, ¿no?

Me cruzo de brazos y niego con la cabeza.

—¿Sabes cómo hacer funcionar los espejos? En caso de que no, tu información

no nos serviría de nada. Ellos han pasado el tiempo suficiente en el País de las Maravillas como para saber todo lo que hay que saber. *Menos eso*.

Axel me observa atentamente y yo esquivo su mirada. Me conoce demasiado bien.

Por mucho que no vaya a trabajar gratis, tampoco dejaría desamparado a un grupo de padres que han perdido a sus hijos. Ni dejaría desprotegidos a los niños de esta ciudad, a la espera de que llegue su turno de ser secuestrados.

—Sé cómo hacer funcionar los espejos —asegura en tono firme.

—Bien, entonces tenemos un trato.

Lobo



Doy gracias por que este nuevo trato sellado no implique besos mágicos ni posibles sentencias a muerte, aunque me guste tan poco como los anteriores.

Siguiendo las indicaciones de Alicia y los vagos recuerdos rescatados del boca a boca de unos padres demasiado afligidos, nos dirigimos hacia el bosquecillo en la zona alta de Atlanda, a las afueras. Mientras que el sur está plagado de costas de arena blanca y playas infinitas, en cuanto subes un poco al norte, el terreno se vuelve accidentado. De ahí los peñascos que se adentran en el mar y que crean grutas y cuevas como la de la Bruja del Mar.

No voy a mentir, dejar la costa atrás me aporta una tranquilidad inesperada, una que creo que le transmito a Bri. Con cada paso que damos en dirección contraria al mar, la presión de haber confesado mis mentiras en esa gruta que nos queda tan lejana se atenúa un poco, aunque eso suponga estar metiéndonos de lleno en un bosque desconocido.

Olivia ha preferido cambiar a su forma de loba, porque se siente más segura y cómoda. Como si sobre esas patas supiera que siempre va a tener el control, después de un siglo enjaulada en su cuerpo humano sin capacidad de decisión. Aunque Alfombra sobrevuela la foresta, no tenerla con nosotros para garantizarnos una huida rápida nos deja un poco inquietos, pero con la densidad de este bosque es imposible para ella moverse sin que acabemos estampados contra un árbol.

Mi hermana abre la marcha, buscando cualquier rastro que pueda ser de utilidad con su olfato más sensible. Antes de dejar la casa de Alicia, varios padres que vivían en los alrededores se han acercado con pertenencias de sus hijos para que los olisqueara, por si pudiera servir de ayuda. Tras ella vamos Bri y yo, atentos a cualquier crujido que no proceda de nuestras botas, a cualquier ruido que no sea animal. Tahira va en la retaguardia, para tenernos a todos bien visibles en caso de que necesitemos la ayuda de la magia.

Nos mantenemos en silencio todo el tiempo, compartiendo una misma inquietud que no es adentrarnos en un bosque desconocido, en el que es tan fácil perderse, ni enfrentarnos a otro supuesto villano. Sino hacerlo a un portador arcano.

Cuando el Hada Madrina se alzó en el poder, cribó a todos los seres mágicos que se cruzaron en su camino, y aún nos resulta sorprendente encontrar trazas de

magia escondidas de la realidad; seres con un poder que no encuentra rival viviendo libremente, sobre todo ahora que la tirana ha desaparecido. En cierto modo, me apena que ese tipo de criaturas se hayan visto tan reprimidas durante un siglo que esa ponzoña escape de las peores formas posibles, como secuestrando a niños inocentes.

Avanzamos durante lo que nos parece una eternidad, evitando ramas bajas y raíces altas, con Olivia olfateando aquí y allá en una caminata vigorosa. Incluso si la magia de Tahira nos fallara en esta última misión, tengo la certeza de que mi hermana, aunque más pequeña que yo, tiene el tamaño suficiente para sacar a Bri de aquí en caso de ser necesario. Y yo… Bueno, tengo mis recursos.

Estás loco si crees que te dejaría atrás.

Mis labios se curvan en una sonrisa sincera y no puedo evitar mirar a la mujer despampanante y segura de sí misma que camina a mi lado. Y es mía.

Bri pone los ojos en blanco y reprime una sonrisilla suficiente.

Tampoco te lo tengas tan creído, que eso de que soy tuya puede cambiar en cualquier momento.

Río por la nariz y enredo los dedos con los suyos en un agarre férreo del que no voy a dejar que se suelte, por nada del mundo.

Qué dulce por tu parte pensar que encontrarías a alguien mejor que yo, cariño. Bri me lanza un vistazo altivo, con una respuesta mordaz en la punta de la lengua, pero me adelanto. *No todo el mundo soporta tu mal genio. Además, mientras te tenga de la mano, no te irás a ninguna parte.*

Me mira con incredulidad y se me escapa una risa sincera que hace que las orejas de mi hermana se muevan en nuestra dirección. Bri me aprieta la mano con ganas y con malicia, y mi sonrisa se ensancha aún más.

Pues más vale que me agarres fuerte, responde, lanzando un vistazo fugaz al dedo que me falta.

J*amás te soltaré.*

Me parece bien, dice al rato, retomando la altivez socarrona. *Y que sepas que aunque no todo el mundo aguantaría mi carácter, tampoco todo el mundo atravesaría el mismísimo infierno para encontrarte.* La miro con incredulidad divertida y me guiña un ojo. *No lo olvides, lobito.*

Creo que jamás podría olvidar la imagen arrasadora de mi esposa entrando en la cámara de tortura de la Reina de Corazones, amenazándola con matarla si volvía a ponerme la mano encima. Una imagen que a cualquier otro perturbaría e incluso generaría pesadillas, sobre todo teniendo en cuenta que perdí un dedo allí dentro y me quemaron el pecho de lado a lado, pero supongo que nunca he estado demasiado cuerdo.

Las orejas de mi hermana vuelven a moverse, captando algo. Aunque mi oído esté más desarrollado que el de los humanos, no es tan fino en esta forma bípeda, así que yo no percibo nada.

Al principio.
Porque cuando lo hago, es demasiado tarde.

Olivia



«Tienes el control».

«El cuerpo es tuyo».

«Tú lo dominas».

«Tienes el control».

«El cuerpo es tuyo».

«Tú lo dominas».

Es lo que me repito, una y otra vez, mientras pongo una pata por delante de la otra, para no desconcentrarme y que mis pensamientos se vayan por donde no deben. A un mundo demasiado rojo, demasiado demente y que ya he dejado atrás. Muy atrás. Con cada paso, un poquito más atrás.

Bri y Ax están manteniendo otra de esas conversaciones silenciosas propias de los vínculos, y rezuman tantas feromonas que no me hace falta estar dentro de sus cabezas para saber de qué están hablando. Es peor que cuando se casaron. Por primera vez. Cuando rompieron camas y todo eso. Una época que no me apetecía rememorar, por mucho que mi hermano y yo hayamos compartido vientre y sepamos hasta cuántos lunares tiene el otro. Inconvenientes de gemelos, lo llamaba él. Cero intimidad, lo llamo yo. Aunque eso me recuerda lo vivos que estamos. Lo mucho que estamos avanzando hacia nuestra normalidad previa a que la bruma nos arrastrara, a que mi cuñada me apuñalara y mi hermano me intercambiara a causa de un trato mal formulado.

«Tienes el control».

«El cuerpo es tuyo».

«Tú lo dominas».

Ellos no tienen la culpa de nada, me tengo que recordar varias veces a la semana. Porque lo sé. Sé que las circunstancias nos llevaron a un destino demasiado amargo, a ellos por sus propios actos y a mí por los míos. Por darme cuenta demasiado tarde de que Bri no era una amenaza y abalanzarme sobre ella, por no conseguir hacerle entender quiénes éramos la una para la otra. Porque yo, con el olfato agudo que ahora estoy usando, reconocí su fragancia y algo me hizo recordar. Tal vez fuera lo reciente del embrujo, tal vez hubiera otro motivo. Pero no puedo culparlos a ninguno. No cuando se dejaron la piel para salvarme; cuando mi hermano lo pagó en carne y Bri con una parte de sí misma.

Y aun así…

De repente, percibo algo: un silbido, propio del aire fluyendo a través del metal. Es melódico, nada natural, y mis instintos se ponen en alerta.

Me detengo, con las orejas moviéndose adelante y atrás en busca de la procedencia del sonido, pero no termino de ubicarlo. Es como si el viento meciera esa extraña melodía de cinco notas y nos envolviera. Me giro para alertar a mi manada y un gruñido escapa de mis fauces cuando los encuentro plantados en medio del bosque, quietos como estatuas. Sus músculos están rígidos, los ojos perdidos en la nada, carentes de vida.

Me acerco a ellos y olisqueo sus ropajes en busca de cualquier fragancia que me indique qué los ha paralizado. Es como si hubieran tocado una planta venenosa, pero no hay nada a su alrededor, nada que indique que eso haya podido pasar.

Camino hasta Tahira, que presenta el mismo agarrotamiento que mi hermano y Bri. Y eso ya termina de alterarme por completo, porque que una *djinn* sufra de lo mismo son palabras mayores. Gimoteo y presiono el hocico contra el abdomen de mi hermano, los rodeo gruñendo. Suelto un par de ladridos, los empujo con la cabeza. Nada de lo que hago parece funcionar.

Tengo la sensación de estar de vuelta en una de esas horribles pesadillas en las que me veía atrapada cuando no tenía capacidad de decisión sobre nada.

«Tienes el control».

«El cuerpo es tuyo».

«Tú lo dominas».

La ansiedad me trepa por el lomo y hace que se me erice el pelaje. Desesperada, lanzo un par de aullidos para alertar a Alfombra, pero las copas de los árboles son tan tupidas aquí que es imposible que llegue hasta nosotros.

Entonces lo oigo de nuevo, esa extraña melodía silbada, aunque esta vez con notas diferentes. Más agudas. Más apremiantes.

Bri, Ax y Tahira echan a andar hacia el frente, sin apenas parpadear, sin reaccionar a mis empujones y mis llamadas de atención. Muerdo la ropa de mi hermano y tiro de él hacia atrás, para apartarlo de la senda que hemos estado siguiendo, en un intento fútil por deshacer lo que sea que esté conduciéndolos hacia delante. Sin embargo, su mano está tan fuertemente apretada alrededor de la de Bri que no consigo moverlo lo suficiente.

Ahí está de nuevo esa melodía, más imperiosa esta vez, y su caminar se convierte en un trote suave. Corro a su lado, gruñendo y ladrando sin cesar, pasando por delante de ellos para hacerlos tropezar, pero cuando caen al suelo, vuelven a ponerse en pie sin remedio. No hay nada que pueda hacer. Nada que evite que sigan el rumbo que tengan fijado en sus mentes.

Me siento tan tan impotente… Como si estuviera a merced de la Reina de Corazones de nuevo.

El rumor del agua corriendo se hace más notable, originado en el río que

atraviesa estos bosques. Suena con fuerza; aguas bravías que buscan llegar al mar tarde o temprano.

Algo en mi interior, sea instinto o esa ansiedad que me lleva a imaginar todos los escenarios posibles, me hace pensar que sé lo que va a pasar a continuación.

Alterada, echo a correr en dirección al río, la tierra blanda levantándose tras mis patas poderosas. La melodía se intensifica y se convierte en una canción alegre que me rodea los huesos, tirando de mí en la misma dirección que estoy siguiendo por propia voluntad. Aún a la carrera, sacudo la cabeza, resollando con fuerza. Algo… Algo está intentando meterse en mi cabeza.

Algo… Algo hurga y araña en las paredes de mi mente, tratando de entrar por cualquier resquicio.

«Tienes el control».

«El cuerpo es tuyo».

«Tú lo dominas».

Ahogo un gemido lastimero cuando la presión se intensifica, y una nueva sacudida de la cabeza blinda mi mente por completo.

No va a pasar.

No otra vez.

Gruñendo de enfado y frustración, llego a la ribera del río, el corazón tronándome entre las costillas. Siento el pelaje húmedo por el rocío del bosque denso, y es eso lo que hace que se me hiele el cuerpo cuando me quedo ahí plantada, observando lo que hay al otro lado del ancho caudal.

Un hombre, envuelto en una capa oscura que oculta sus facciones, sostiene una flauta travesera frente a sus labios. Una medialuna sutil curva sus comisuras y siento sus ojos clavados en mí.

La melodía se intensifica y tengo que inclinarme hacia delante, con los ojos cerrados, para repelerla. Me acosa los oídos, me fustiga e intenta doblegarme, pero por mucho que sople con mayor insistencia, no lo consigue. Esa sonrisa suficiente se transforma en sorpresa y deja de tocar. Tal vez sea una pequeña victoria, pero no tengo tiempo para regodearme en ella, porque siento a mi manada llegando al río.

Durante un instante, me planteo tratar de salvar la distancia que me separa del flautista, quien sospecho que es el Ambulante, para atacarlo. Pero el meandro es demasiado ancho, no llegaría y caería en el caudal.

Un caudal demasiado violento y profundo.

Un caudal al que Ax, Bri y Tahira han saltado.

Olivia



Contengo el aliento apenas una fracción de segundo, lo suficiente como para entender qué acaba de pasar.

«Tienes el control».

«El cuerpo es tuyo».

«Tú lo dominas».

Y entonces salto.

Salto sin dudarlo.

Sin pensar siquiera.

Sin considerar que esta agua corre directamente de las montañas que cercan Landia.

Sin valorar el estallido de dolor que me alancearía el cuerpo en cuanto el pelaje se me empapara.

El agua me sobrepasa. Me hundo sin remedio.

Muevo las patas con todas las fuerzas que me quedan.

Trago agua por la ansiedad de buscar respirar.

Doy una vuelta.

Saco la cabeza.

El torrente vira y me golpeo con una piedra. La cabeza de nuevo bajo el agua, ardor en los pulmones. Asfixia, asfixia. Y de nuevo arriba.

Me cuesta respirar por culpa de los músculos ateridos. Pero apenas tengo tiempo de saborear el dulzor del oxígeno, porque la corriente vuelve a sumergirme. El frío es estremecedor, me deja los músculos rígidos, casi envueltos en una capa de hielo que sé que no va a aparecer.

Y si yo estoy así…

Si yo estoy así, un cuerpo humano entrará en hipotermia en cuestión de minutos.

Con fuerzas redobladas, muevo las patas para romper la superficie. Y lo consigo. Mis ojos buscan ávidos cualquier movimiento: brazos saliendo del agua, cabezas empapadas y enmarañadas, lo que sea.

Ahí. Ahí delante. La cabellera negra de Tahira.

Lucha contra el agua, consiguiendo mantenerse a flote por la fuerza de esos brazos que pienso besar una y otra vez si salimos de esta, porque significaría que la han mantenido con vida. Me dejo llevar por el río, luchando por reconducir la

dirección, y nado hasta ella, tragando agua a cada instante.

Cuando llego a su lado, sus iris violetas se encuentran con los míos y distingo una chispa de reconocimiento. Ya no son el vacío absoluto de antes. Lanza los brazos hacia mí y se encarama a mi pelaje, agarrada con tanta fuerza que hasta agradezco sus tirones desesperados intentando mantenerse a flote. Ese dolor, ese calor que me nace de la piel, consigue que las agujas gélidas de estas aguas se alejen un poquito. Lo suficiente como para no permitirme parar.

Tose, intenta sacar el agua de los pulmones, y cuando prueba a hablar, un rápido nos envuelve y acabamos sumergidas. Giramos, juntas, sin soltarse de mí. Contengo el gemido de dolor y pataleo tratando de establecer la superficie. Vueltas, vueltas y más vueltas.

Arriba es abajo.

Abajo es arriba.

Llego tarde, llego tarde.

¿Que le corten la cabeza?

Todo rojo.

«Tienes el control».

«El cuerpo es tuyo».

«Tú lo dominas».

No sé cómo, pero encuentro la superficie y consigo alejarme del mar turbio de mis recuerdos, mucho más poderoso que este río. Si sobreviví a eso, sobreviviré a esto.

—¿Qué está…? —consigue decir Tahira.

De nuevo, sus ojos se quedan huecos. Entre el rugido ensordecedor del río, distingo las melodías de la flauta. La *djinn* no ha tenido tiempo siquiera para saber quién era ni sacarnos de esta con su magia antes de caer rendida a la música.

Miro a un lado y a otro, en busca de mis alfas; entonces los veo, más adelante, luchando por no sumergirse. No sé cómo lo han logrado, pero sus manos siguen entrelazadas en un agarre tan férreo como el de la genio sobre mi pelaje. Son un revoltijo de cabellos enredados, de brazos que se sacuden, de pieles que han perdido el color por el frío.

Me impulso hacia delante, jadeando y tragando agua al mismo tiempo.

Tengo que llegar.

Tengo que llegar.

Y llego.

Mi hermano me reconoce, aunque en sus ojos no haya chispa de vida, y lanza el brazo hacia mí. No para agarrarse, sino para empujar a Brianna contra mi lomo. Para salvarla a ella, que ya tiene los labios morados y la piel casi traslúcida, antes que a sí mismo.

Entonces, Axel se hunde.

«¡No!». El intento de hablar se traduce en un ladrido feroz, y aunque trato de

moverme hacia él, peso demasiado con dos cuerpos sobre mi lomo y apenas consigo mantener la cabeza a flote. Nos vamos a ahogar. Después de todo por lo que hemos pasado, no ha servido de nada y nuestro final va a ser el mismo: vamos a morir.

Estoy tan convencida de ello que no lucho demasiado cuando mi cuerpo se hunde en un nuevo rápido, girando a izquierda y derecha. Tenemos suerte de salvar una rama anclada de forma precaria en el fango, y es esa sensación de un roce afilado lo que me hace abrir los ojos para, entre la turbiedad de agua, descubrir que Bri sigue agarrada a la mano de mi hermano. Una conexión precaria y tirante que, cuando está a punto de romperse, la salvo cerrando mis fauces sobre los ropajes de mi hermano y tirando de él hacia arriba.

Saca la cabeza e inspira una profunda bocanada de aire apenas un segundo antes de que lo haga yo.

El tiempo suficiente como para escuchar el rugido inconfundible de una catarata que nos engulle y nos escupe con violencia.

Roja



Lo primero que siento antes de abrir los ojos siquiera es el frío. Un helor que me entumece el cuerpo al completo y me deja en una especie de languidez demasiado preocupante. Y, aun así, no consigo que mis músculos reaccionen. Inspiro hondo y me arrepiento, porque las costillas me chillan; creo que me he roto alguna.

Los oídos se me desembotan poco a poco y capto el rumor de agua corriendo con fuerza, aunque no tanto como para preocuparme por estar cerca de una cascada.

«Una cascada».

Consigo abrir los ojos de repente, con el pulso acelerado, y miro a mi alrededor. Tengo recuerdos difusos de caer al río, de ser arrastrados por la corriente, y luego…

Asustada, compruebo los alrededores: estoy tirada en el bosque, aunque la noche ya reina en el firmamento y apenas consigo ver gran cosa. Con la respiración atascada, mis ojos se mueven frenéticos de aquí a allá, intentando encontrarlo.

Axel.

Su nombre abandona mi mente casi en una plegaria atemorizada, porque no lo veo. No veo nada a un metro por delante de mí, tan tupidas son las copas de estos árboles que no dejan pasar ni un mísero rayo de luz de luna o estrellas.

Axel, por favor.

No sé muy bien cómo hemos llegado a esta situación, apenas recuerdo cómo acabamos en el río. Un río que tengo la sensación de que queda a mis pies, por el ruido que me llega. Creo que estoy en la ribera, sobre un lecho fangoso que me cala a través de la ropa y hace que, aunque mi pulso esté acelerado, no consiga alejarme del frío.

Intento ponerme en pie, con la cabeza menos embotada aunque me quemen los pulmones, y un quejido se me atasca en la garganta. Tengo el cuerpo molido. Y no solo eso, sino que tengo las muñecas y los tobillos atados. La ansiedad por no ver a mi esposo se transforma en un estallido furibundo por saberme apresada.

Llevo las manos a la cintura, al cinto con mis armas, pero las vainas están vacías, incluso la de Rompemaleficios. Nunca me ha gustado esa espada por todo lo que conllevó para mí, pero haberla perdido —o peor aún, que me la hayan quitado—, me cabrea lo indecible.

¿Bri?

El corazón me da un vuelco y giro el cuello hacia abajo con la intención de verlo, porque tengo la sensación de que él está más cerca del río. Por mucho que pasáramos varios años casados como vínculo, después de un siglo separados no he terminado de acostumbrarme a las sensaciones que esa conexión me transmite. En lugar de asustarme como un conejillo a punto de ser comido, debería haber tirado de ahí para ubicarlo y saber que seguía de una pieza, como estoy comprobando ahora mismo.

Estoy bien, le aseguro, y siento un suspiro aliviado presionando contra las paredes de mi mente. ¿Tú estás bien?

Sí. Escucho un gruñido. *Estoy atado*. ¿Qué coño está pasando?

Yo también estoy atada, y no lo sé. Solo recuerdo el agua y luego…

El corazón se me acelera de nuevo y vuelvo a mirar a nuestro alrededor, aunque sea en vano.

No veo a Olivia.

Axel inspira hondo al comprender mis palabras y se queda callado unos segundos, probablemente haciendo uso de su vista más privilegiada que la mía para ubicarla.

Tahira tampoco está, me confirma. *Estamos solos*.

La hojarasca cruje un poco por delante de nosotros.

No, no estamos solos.

Olivia



Sé que he perdido a parte de mi manada antes siquiera de abrir los ojos, porque el peso sobre mi costado es mucho más liviano. Lo que no sé es cómo de «perdido». ¿Estarán tirados a unos metros de mí? ¿Habrán desaparecido engullidos por la corriente? O, lo que es peor, ¿habrán muerto por la caída de la catarata?

Con un quejido lastimero, consigo ponerme en pie sobre unas patas demasiado temblorosas. El agua aún me lame las traseras, por lo que intuyo que ha sido toda una suerte que no hayamos seguido corriente abajo, y Tahira está aún medio metida en el río. La saco tirando de ella con el hocico y la dejo en la seguridad de la ribera. Por mucho que otee los alrededores, no hay ni rastro de Ax ni de Bri.

Un quejido procedente de Tahira atrae mi atención y me centro en ella.

—Por todas las estrellas del firmamento… —maldice intentando incorporarse. Me acerco a ella para ofrecerle ayuda dándole un empujoncito—. ¿Qué narices ha pasado? Me siento como si me hubieran apaleado.

Se pasa una mano por la cabeza para deshacerse del agua que le empapa el pelo. Es la primera vez que la veo así, sin esa coleta alta de la que nunca se deshace, y sus cabellos se enroscan a su alrededor como una marea oscura, con bucles desordenados y plagados de ramitas. A pesar de la fiereza de sus rasgos y de lo imponente de su cuerpo, está más hermosa así.

Me siento a su lado y ladeo el rostro.

—¿Tú estás bien, Olivia?

Asiento y agito la cola de un lado a otro.

—¿Y los demás?

Niego con la cabeza y se pone en pie.

No me pasa desapercibido el modo en el que se aprieta el hombro, y me pregunto si se lo habrá desencajado. Agría el rostro cuando rota la articulación y el chasquido opacado me sugiere que sí, que acaba de recolocársela.

Aunque sea lo que menos me apetezca en este momento, sé que tengo que dejar atrás mi piel de loba para poder hablar bien con ella y explicarle qué ha sucedido. No obstante, Tahira se me adelanta y, tras una floritura con la mano, aderezada de un humillo rojizo, siento la lengua más liviana y una lucidez extraña en la mente.

—Ahora puedes hablar sin abandonar esa forma —me explica—. Sé que te

sentirás más protegida así.

El corazón se me comprime por lo bonito del gesto, pero no tenemos tiempo que perder.

Un tanto sorprendida por lo grave y cavernosa que es mi voz de loba, me lanzo a contarle todo lo que ha sucedido, extraño flautista incluido.

—No puedo usar mi magia para transportarnos hasta donde estén —me dice cuando he terminado—. Estoy… Estoy demasiado cansada como para acertar en la ubicación, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de árboles que hay.

Recuerdo lo que mi hermano me contó del primer deseo, en una de las primeras noches de tregua en la que el insomnio nos abordó a ambos: que la *djinn* los había sacado de la Cueva de las Maravillas, sí, pero habían aparecido sobre un carromato lleno de productos.

—Pero sí puedo hacer que su rastro sea más intenso para que tú puedas encontrarlos.

Asiento con la cabeza y me acerco a ella, ofreciéndole el lomo para que se suba.

—¿Estás segura? —me pregunta—. Te cansarás.

—Eres nuestra mejor arma, prefiero que ahorres fuerzas hasta que los encontremos.

Tahira me lanza una mirada cargada de determinación y se impulsa sobre mi lomo. Se agarra a mi pelaje —no con tanta fuerza como en el río—, y aunque su peso extra me empuja a doblar las patas y dejarme caer, mi disposición a encontrar a Bri y a Ax es mayor que cualquier otra carga.

Porque nada ni nadie romperá mi nueva manada.

Lobo



Brianna apenas podrá verlo, pero yo sí, y lo que veo no me gusta ni un pelo. Un par de pasos por delante de ella, casi en lo alto de la inclinación del terreno, hay un hombre encapuchado, con nuestras armas en una mano y una flauta travesera en la otra.

Aprieto los dientes de pura frustración y tengo que concentrarme en cada molécula de mi ser para impedir que mi forma de lobo tome el control; para no abalanzarme sobre él y abrirle el gaznate en dos por habernos atado y robado. Eso sin considerar que él sea el que nos haya hecho caer al río. En cuyo caso…

A duras penas contengo un gruñido peligroso mientras se acerca a nosotros, con una sonrisa satisfecha pintada en los labios.

«No puedo saltar a por él», me repito una y otra vez, pensando en todos esos niños que han desaparecido de sus camas; en todos esos padres desesperados. Porque si lo mato sin más, si me dejo llevar por el instinto depredador, nos quedaremos sin respuestas. Y estoy convencido de que Bri está pensando lo mismo, a juzgar por su mirada férrea y el sutil mordisqueo del labio inferior.

Me recoloco sobre el fango, intentando levantarme, pero las cuerdas están tan prietas y son tan gruesas que no consigo partirlas haciendo uso de mi fuerza de licántropo. Aunque también juega en mi contra lo apaleado de mi cuerpo.

No obstante, eso no va a impedir que, en cuanto tenga la más mínima oportunidad después de sonsacarle la información, me dé un festín con sus entrañas.

—Pero bueno… —rezonga el hombre—. ¿Qué tenemos aquí? Dos lindos ratoncitos.

—¿Qué quieres, Ambulante? —le suelta Bri, sin su delicadeza habitual.

¿Tienes algún arma?, me pregunta en paralelo.

No, solo mis garras. Pero no quiero hacer ningún movimiento sospechoso, aún no. Hazlo, yo lo distraigo.

—¿Que qué quiero? —Aprovechando que el hombre está distraído, apelo al cambio, tragándome el suspiro por la quemazón, y convierto mis dedos en garras para, sutilmente, cortar las ataduras de mis manos. Hacerlo con las de los tobillos sin levantar sospechas será otro tema—. Quiero justicia. Quiero que se me dé lo que me corresponde. Pero la cuestión interesante aquí es… ¿Qué quiere la Rompemaleficios?

—Así que sabes quién soy… —apunta ella con voz recelosa, lo suficiente como para que el Ambulante siga fijándose en ella.

Me quedo congelado cuando el hombre acorta la distancia con ella y se acuclilla frente a mi esposa. Despacio, deja la flauta en el suelo, alza la mano y la toma por el mentón, para clavar los ojos en los de ella. Por la curvatura de los labios de Bri, tensos a más no poder, la está agarrando con fuerza.

Lo mato, te juro que lo mato, gruñe en mi mente, convirtiéndose en un eco de lo que yo estaba pensando.

La sangre me hierve por el simple hecho de que la esté tocando sin que ella quiera —que es nunca— y me doy más prisa en cortar cabos húmedos. Pienso degollarlo con estas mismas garras.

—Pues claro que sé quién eres, aunque echo en falta la caperuza roja que dicen que llevas a todas partes.

El pulgar se mueve por la mejilla de mi esposa y el corazón me da un vuelco de pura contención. Tengo que cerrar los ojos un instante para reunir entereza.

Los niños, piensa en los niños, me digo, pero también a ella. Porque sé que saltará de un momento a otro y le propinará un cabezazo que lo tumbará de un golpe, a costa de la integridad de su propia nariz, seguro.

—La he jubilado —replica con sorna, sus rostros a un palmo de distancia.

Aunque la sultana se ofreció a regalarle otra capa roja, como uno de los muchos agradecimientos por haberlas librado del conjuro del oro, Brianna se negó a reemplazar lo que había terminado convirtiéndose en un harapo. A fin de cuentas, esa capa la confeccionó su abuela, que en paz descanse, y deshacerse de ella le supuso dejar atrás demasiadas cosas. Cosas que la relacionaban con un tipo de persona que ya no quería ser.

Y yo no podría estar más orgulloso de ella.

—Me habría gustado verte con ella —comenta el Ambulante—. Roja, la Rompemaleficios. La asesina del Hada Madrina. La dueña de las Tres Reliquias.

Un cabo se suelta y doy gracias por que el chasquido quede engullido por su parloteo.

—Te estás inventando demasiados títulos. Con uno es suficiente —replica ella, sarcástica.

Brianna se zafa de su agarre con un movimiento de cabeza y él suspira antes de recuperar su flauta del suelo. Muy listo por no soltar las armas.

—Reconozco que esta espada es la que me ha hecho pensar que de verdad podrías ser tú —comenta observando la singular manufactura de Rompemaleficios, con la guarda que recuerda a los zapatos de Cenicienta y el centro del corazón de la Reina Malvada—. Es una auténtica preciosidad.

—¿Ahora es cuando me dices el típico «aunque no tanto como tú»?

Sigo rasgando los cabos con la punta de las garras, a pesar de la sutil curvatura de mis comisuras por su comentario.

«Esa es mi chica».

El Ambulante suelta una carcajada que suena a rebuzno y se pone en pie.

—No te creas, esta espada es un tesoro. Ganaría más vendiéndola a ella que a ti. No te ofendas.

—Ah, no, claro. Lo entiendo.

Yo sí me ofendo. Y los motivos por los que voy a clavarle las garras en el pescuezo, una a una y muy despacio, no hacen más que crecer.

—Pero me alegro de que estés aquí —resuelve el hombre en un tono alegre.

Eso atrae mi atención durante un par de segundos, con una ceja arqueada.

¿De qué coño está hablando?, me pregunta Bri,

No lo sé, pero sigue distrayéndolo, ya casi estoy.

—Que la Rompemaleficios medie por ti siempre aporta garantías.

—¿Mediar? Si lo que quieres es que mediemos por ti, ¿por qué narices nos has maniatado?

—Una medida de precaución. Supuse que sois más bien de golpear primero y preguntar después.

Los labios de Bri se curvan en una sonrisa peligrosa que me encanta, pero no tengo tiempo que perder deleitándome en la forma de sus labios.

—Supusiste bien, Ambulante. Y te lo habrías merecido.

—¡Merecido! —Suelta una carcajada incrédula—. Cómo cambian las cosas según quién cuente la historia, ¿verdad?

El hombre está tan volcado en la conversación con Brianna que no me ve curvar las piernas para que mis manos, ahora libres, lleguen hasta los tobillos. Sin la inmovilización del cabo alrededor de las muñecas, mis movimientos son más rápidos y certeros. Nos quedamos sin tiempo, lo sé.

—Déjate de chorradas y dinos dónde están los niños, Ambulante.

A la mierda el tacto, supongo. Mucho ha durado.

El Ambulante ladea el rostro, como si no terminara de comprender qué está pasando, cuando los secuestrados somos nosotros.

—No habéis venido en busca de paz, entonces. Tan solo queréis libraros del problema rápido, sin comprender qué está pasando. Qué fácil es creer las palabras de un padre desamparado, que te relata el suceso entre lágrimas. Qué emotivo…

J*oder, Bri*…, la reprendo cuando intuyo las intenciones del hombre, que se lleva la flauta a los labios despacio.

No sé qué clase de magia tendrá el Ambulante, si el instrumento estará relacionado con ella o no, pero mis instintos se ponen en alerta y el corazón me bombea con fuerza. Va a hacer algo, y yo sigo atado. Frustrado, rasgo con más ahínco.

—Una pena que seáis como los demás.

El Ambulante coloca los labios sobre el agujero para la boca y sopla. Una única nota se desprende del metal antes de que un gruñido visceral y animal lo eclipse.

Y, en cuestión de un segundo, una loba blanca embiste al hombre.

Roja



Rabiosa, Olivia se abalanza sobre el Ambulante. Ni siquiera la hemos visto venir, tan solo ha sido un manchurrón níveo que se movía a la velocidad del rayo. Directa a por el brazo del hombre. Sus fauces se cierran con fuerza alrededor de su extremidad, dispuesta a arrancársela.

—¡No! ¡Para! —grito, con una orden de alfa imbuida en mi voz.

Axel ya está sobre mí, rasgando mis ataduras con sus garras, pero yo no puedo mirar a otro lado que no sea el hocico empapado de sangre, el hombre que se sacude entre estertores de pánico.

No sé qué me ha llevado a doblegar a Olivia de ese modo que tan poco me gusta emplear —por mucho que ella esté más metida en la dinámica de la manada que yo—, pero ha habido algo en lo que ha dicho el Ambulante que me ha hecho recelar. Y no de él precisamente.

En cuanto Axel me libera, me pongo en pie —ignorando el ramalazo de dolor de las costillas— y cruzo el escaso espacio hasta ellos para recuperar mi espada. Le lanzo a mi esposo sus armas y ambos las ajustamos al cuerpo mientras sopesamos qué hacer a continuación. Olivia separa los dientes del brazo justo cuando Tahira aparece en el escenario del ataque, sus pisadas ocultas por el rumor del río pendiente abajo.

—Benditas sean las estrellas, menos mal que he acertado en la ubicación —suspira, inclinándose un poco hacia delante para recobrar el aliento.

Entonces lo percibo: ahí, entre la fragancia húmeda del bosque, se encuentra el subtono dulzón de la magia. Tahira ha debido de transportarla justo ante nosotros, lo que me sugiere un alto grado de desesperación.

—¿Estáis bien? —pregunta la *djinn*, sin perder detalle del modo amenazador en que Olivia le gruñe al hombre a un palmo de la cara. Ni siquiera se preocupa de que la baba no le impacte sobre las mejillas—. ¿Necesitáis sanación?

La oferta de Tahira me resulta curiosa, porque en nuestra aventura juntas, nunca se ofreció a tratar ninguna de nuestras heridas. Supongo que porque al estar atada a la lámpara, yo, como su… ama, tendría que haberle pedido ese deseo. O quizás sea porque aún se sienta en deuda con nosotros.

¿Y si es simple *preocupación*?, sugiere Axel en mi mente, con una risilla.

Oh, cállate.

—Yo estoy bien —le asegura él, caminando en círculos alrededor del

Ambulante—. A este le iría bien algo para detener la hemorragia, o se desangrará antes de que empiece a hablar.

Los quejidos del hombre se han ido atenuando, reemplazados por un sollozo desesperado, con los ojos apretados con fuerza mientras tiembla debajo del cuerpo de Olivia. Si hasta se ha meado encima…

Chasqueo la lengua y me agacho junto a él. Sin titubear, rasgo el bajo de mi camisa y lo empleo para envolverle el brazo. Porque estoy convencida de que a este puzle le falta una pieza y necesito encontrarla. Hago una mueca por los movimientos bruscos y me preocupo de no respirar para que los pulmones no me chillen por el dolor, pero termino mi tarea y vuelvo a ponerme en pie.

—Yo sí que necesitaré alguna atención cuando acabemos con esto —reconozco llevándome una mano a la caja torácica.

Axel me fulmina con la mirada y su ceño se frunce por la preocupación.

—¿Te ha hecho daño mientras estaba inconsciente? —pregunta en un timbre cavernoso y peligroso que me enciende por dentro.

—No, creo que es cosa del agradable paseo por el río.

Ante un chasquido de dedos de Tahira, la quemazón del costado se alivia y puedo respirar con normalidad. Detesto la magia por encima de casi cualquier cosa, porque he aprendido la lección en repetidas ocasiones, pero ahora mismo le besaría los pies.

No obstante, de mis labios no sale ni una palabra, tan solo un asentimiento que ella reconoce como agradecimiento.

—¿Qué hacemos con él? —pregunta la genio.

—Este buen hombre nos va a decir dónde están los niños, ¿a que sí?

Me acuclillo junto a él y lo agarro por la mandíbula del mismo modo que él hizo conmigo, obligándolo a mirarme.

—S-se supone que eres la salvadora. Una heroína… —balbucea.

Escupe un lamparón de sangre y puede dar gracias de haber sido lo suficientemente inteligente para no soltármelo en la cara, porque entonces me habrían importado bien poco las piezas de puzle y los niños.

—Y resulta que estoy haciendo mi puñetero trabajo, porque aquí tú eres el villano.

Mis labios se estiran en una sonrisa maliciosa que le arranca un nuevo temblor. Por mucho que esté intentando dejar a Roja atrás, sigo demasiado contaminada como para cambiar a la versión de Brianna que todos quieren que sea de la noche a la mañana.

—¡¿Qué?! ¡No! ¡Yo solo quiero lo que me pertenece!

—Explícate —le ordena Axel, a mi espalda y de brazos cruzados en una postura amenazadora.

Está a una mala palabra de saltarle a la yugular, y está mal que lo diga, pero me encanta.

—L-los ciudadanos… Ellos… Ellos… —Un gruñido de Olivia le aclara la garganta al instante—. Ellos me estafaron. ¡Me deben dinero!

—A otra con ese cuento, Ambulante —susurro a unos centímetros de su cara.

—Hamelín. Me llamo Hamelín.

—Muy bien, Hamelín. Última oportunidad para explicarte, o aquí mi amiga no tendrá reparo alguno en dejarte manco. Para empezar.

Vuelve a temblar y mira a Olivia de forma fugaz, temeroso. Le suelto la mandíbula y apoyo los brazos sobre mis rodillas flexionadas, a la espera. A mi espalda, Tahira se inclina para recuperar la flauta y la examina con interés.

—S-soy artista callejero. Formo parte de un grupo llamado Los Bremen.

—Eso ya lo sabemos —lo interrumpo—. Ve al grano.

—Hemos estado trabajando por la zona, sin mucha suerte.

—Y por eso has vuelto, para vengarte de esta gente por su falta de amabilidad —lo interrumpe Axel.

—¡No! Vamos rotando por zonas, cambiando los espectáculos: música, acrobacias, danza…

—No me extraña que no deis pie con bola en ninguna destreza —comento hacia mi esposo, que sonríe con diversión.

—Ya habíamos terminado con esta región cuando nos enteramos de que Atlanda sufría de una plaga de ratas. Me ofrecí… Me ofrecí a librarlos de la plaga a cambio de dinero. Y cuando lo hice, se negaron a pagar. Llevamos una racha tan mala que necesitamos esas monedas para poder seguir moviéndome. Les insistí en que me pagaran, pero solo encontré puertas cerradas.

—Y entonces decidiste que secuestrar a sus hijos era una buena represalia —concluyo.

—¡No! Bueno, sí. Pero nos trataron tan mal… Nos tiraban tomates y basura, se reían de nosotros…

—¿Por qué volvisteis entonces? —quiere saber Axel.

—Porque vivimos en la calle. Lo único que nunca podrán quitarnos es nuestra determinación. Y los niños… Los niños sí disfrutan con nuestros espectáculos. Sus sonrisas son lo único que nos lleva a seguir adelante.

Me pongo en pie, sopesando lo que nos ha contado, y nos apartamos un poco de él mientras Olivia sigue haciendo guardia.

—¿Qué opináis? —pregunta mi esposo.

La *djinn* mueve la flauta a un lado y a otro, con los labios apretados.

—¿Tú qué dices, Tahira?

La genio me mira y le lanza un vistazo fugaz a Hamelín antes de devolver la atención a nosotros.

—No es un portador arcano. Cualquier portador arcano podría haberse librado de Olivia de mil formas diferentes. Creo que la magia viene de aquí.

Extiende el brazo hacia mí y me entrega la flauta.

—¿Qué clase de magia dominas? —le pregunto a Hamelín, quien ha cerrado los ojos para no enfrentarse al aterrador rostro de Olivia.

—N-ninguna. Es la flauta. Es un objeto mágico.

—¿Cómo narices siguen quedando objetos de estos después de la criba que hizo el Hada Madrina? —inquiero hacia mi grupo.

Ya fue lo suficientemente sorprendente descubrir la existencia de las Tres Reliquias, pero se ve que el Hada Madrina no era tan todopoderosa como se creía. Y, bueno, como le demostramos.

—Cuando la gente está desesperada, puede volverse invisible —supone Axel.

—No es eso… —tartamudea Hamelín, atrayendo nuestra atención—. La conseguí hace unas semanas. Me la dio la Bruja del Mar.

Axel y yo nos estremecemos al mismo tiempo, ambos pensando en lo mismo. En el modo en el que esa bruja consiguió que él me confesara todas las mentiras que guardaba y lo mucho que me destrozó. Que nos destrozó, en realidad.

—Si es de la Bruja del Mar, ¿cómo es que no eres rico? —quiere saber Tahira, que no se fía ni un pelo de la magia que no sea suya.

—Porque esa arpía es retorcida y la flauta embauca a quienes escuchan su melodía. Los convierte en marionetas que obedecen mis órdenes.

—Eso no responde a por qué no eres rico —murmuro, ganándome un ceño fruncido por parte de la *djinn* y una sonrisa divertida de Axel antes de que añada:

—¿Quieres que creamos que eres buena persona?

—¡Sí! —Olivia le gruñe tan tan cerca de la cara que rectifica—: Está bien, hago lo que puedo.

—Los niños, ¿siguen vivos? —pregunta Tahira.

—S-sí, están en una cueva, a salvo. Asustados, pero… Pero bien. No creí que los padres fuesen tan estúpidos como para seguir sin pagarme.

—¿Has permitido que te vieran para poder pagarte? —intervengo.

—Bueno, no…

—Y no has dudado ni un segundo antes de embaucarnos con esa flauta y mandarnos al río, ¿verdad?

—A ver, si lo dices así…

—Lo digo como las magulladuras de todos lo sugieren. No eres buena persona, Hamelín.

Tal vez sea un poco hipócrita que le diga algo así, pero yo no secuestro niños. En toda moralidad hay una firme línea trazada, y si la cruzas…, eres escoria.

—Pero ellos…

—Ellos tampoco son buenas personas —atajo.

—Alicia omitió la parte de la historia que más le interesaba —dice Axel, de nuevo de brazos cruzados.

—Sí, aquí nadie se libra de las mentiras —mascullo, más para mí misma que para ellos.

Axel aprieta los labios y asiente, la vista perdida en la nada. No pretendía que fuera una pulla, por una vez, así que le doy un apretoncito cómplice en el brazo para que se olvide de la carga de los embustes.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Tahira, quien se ha guardado la flauta en el cinturón.

—Llevarlo ante la justicia, supongo —concluye Axel.

Lobo



Aunque la decisión de Tahira de trasladar a mi hermana el kilómetro que les faltaba hasta llegar a nosotros fue algo arriesgado, me alegra que hayamos salido ilesos de esta. Y que, por una vez, las palabras nos hayan llevado al cauce correcto, en lugar de la violencia cruda. Estamos tan acostumbrados a tomarnos la justicia por nuestra mano, a hacer valer la ley de la fuerza —porque los últimos meses así nos lo han demostrado—, que hasta resulta un alivio que el intercambio de palabras nos ofrezca respuestas. Aunque haya habido un poco de coacción por parte de mi hermana.

Esclarecido el malentendido, Tahira curó a Hamelín y nos condujo hasta la cueva en la que se encontraban los niños. Para nuestro alivio, no mentía, y los encontramos a salvo. Estaban vigilados por los otros tres miembros de Los Bremen, un grupo de lo más variopinto compuesto por un señor tan viejo que le colgaban las pieles del cuello —como el colgajo de los gallos—, otro de nuestra edad y de ojos felinos y un tercero un poco más mayor que seguro que luchaba contra una plaga de pulgas, porque no dejaba de rascarse el cuerpo.

Nos llevamos a los cuatro de vuelta a Atlanda, seguidos de los niños, y para cuando llegamos a la plaza central, el sol ya despuntaba sobre los tejados inclinados de la ciudad portuaria. El alboroto de los trece niños al reconocer sus casas fue tal que no hizo falta avisar puerta por puerta. En cuanto la gente oyó el griterío, se corrió la voz y la ciudad se llenó de risas, llantos y festejos. Nos quisieron recompensar con el dinero que no le habían dado a Hamelín, muy hipócrita por su parte.

El hombre estaba en su derecho a indignarse y enfadarse, si bien los métodos fueron demasiado extremos. No obstante, le honra que no usara el influjo de su flauta en cuanto se dio cuenta de lo que le hacía a la gente en realidad, en lugar de explotar ese don maltrecho en su propio beneficio. Por eso, acepté el dinero —para sorpresa de las tres mujeres que me acompañan— y lo metí en el bolsillo de Hamelín cuando lo entregamos, a él y a sus tres compañeros, a la justicia. Los guardias de Landia estuvieron encantados de colgarse la medallita de la captura del Ambulante de cara a sus regentes, y a nosotros no pudo importarnos menos.

Hartos de llamar la atención, nos reunimos con una Alicia que no cabe en sí de dicha y que nos prepara té con una porción de pastel de manzana.

—Solo unos pocos privilegiados pueden viajar a través de los espejos —

empieza diciendo, mientras Edith, su hija, se pone morada a base de pastel—. En todos estos años, nunca he conocido a nadie en mi misma condición.

Por lo que intuí de mi corta estancia en el País de las Maravillas, y por lo que mi hermana recuerda de su excesivamente larga estancia, la única que ha conseguido cruzar los espejos es Alicia. Supongo que tiene sentido que el mundo esté lleno de personas únicas y especiales, a las que el destino les tiene reservados caminos diferentes. No en vano, ese es el motivo de que Bri y yo volviéramos a encontrarnos.

—Yo nunca me he comunicado con los espejos. —Esa afirmación es como un jarro de agua fría que hice que Brianna eche chispas, y tal vez por eso Alicia se apresura a añadir—: Pero os puedo decir qué pasó para que yo viajara, quizás os sirva de ayuda.

»Era pequeña, tendría unos ocho o diez años, y vivíamos en una aldea a las afueras del Bosque Encantado. Mi padre tenía una tienda de antigüedades: vendía objetos de todo tipo que la gente ya no quería, restaurándolos primero en nuestro cobertizo, entre las gallinas y los cerdos. «Le doy una segunda vida a lo que ya ha sido condenado», le gustaba decir.

Comparto un vistazo fugaz con Brianna, porque algo en sus palabras me hace pensar en la vida y en la muerte; en lo que significan el País de las Maravillas y Nunca Jamás y su relación con los espejos.

—Un día… —prosigue, sin perder detalle de su hija, que ahora juguetea con Olivia, apartadas a un lado. No es de sorprender que mi hermana no quiera escuchar la historia de cómo esta mujer entró en el País de las Maravillas, sobre todo si siente parte de los recuerdos de la Reina de Corazones como propios—, llegó a sus manos un viejo espejo que era material de basura, pero mi padre se empeñó en restaurarlo porque le vio un valor que ni mi madre ni yo le veíamos.

Brianna inspira hondo, a punto de perder la paciencia por que no vaya al grano, pero Alicia está tan dentro de su historia, como si se hubiera trasladado al pasado directamente, que ni siquiera ella la interrumpe, por si cualquier palabra sirve de información importante.

—El día que terminó de reparar el espejo era día de matanza. —Tahira agria el rostro y clava la vista en su taza de té—. Mis padres siempre la hacían en el cobertizo porque, bueno, era más fácil de limpiar… todo. —Me hago una buena idea de lo necesaria que es una limpieza teniendo en cuenta lo sangrientas que son las cacerías de los licántropos—. De un modo u otro, la sangre de la matanza acabó salpicando el espejo, pero no hubo tiempo de limpiarlo.

»Aquella noche, me desperté sedienta y salí de la cama en busca de agua. No sé cómo, pero terminé yendo al cobertizo, y al ver el espejo lleno de sangre, me puse a limpiarlo. La sangre, aun reseca, se esparció por toda la superficie y, de repente, estaba en un bosque, persiguiendo a un conejo blanco.

El silencio se instala entre nosotros en cuanto Alicia se calla y nos quedamos

mirándola durante varios segundos.

—¿Y ya está? —pregunta Bri, exasperada.

Incluso yo me quedo mudo ante ese final tan abrupto.

—Sí… —Alicia se atusa el moño y suspira—. A partir de ahí viví muchas cosas que creí que formaban parte de un sueño. Me caí por una madriguera, jugué con flamencos, conocí a una criatura muy extraña… —Todo lo que cuenta me recuerda a mi breve estancia en el País de las Maravillas, y a juzgar por el modo en el que mi hermana, incluso alejada, se crispa al escucharla, no cabe duda de que sí que es la Alicia que viajó allí—. Ayudé a una mujer que se hacía llamar Reina Roja a derrocar a otra reina. Cosas muy raras y que, cuando volví y se las conté a mis padres, nunca me creyeron. Pero ¿cómo hacerlo, si sonaba de locos? —Suelta una risa amarga y niega con la cabeza—. Intenté demostrarles que no me lo había inventado, pero a la mañana siguiente, mi padre vendió el espejo.

—¿Quién lo compró? —le pregunta Tahira.

—Ha pasado mucho tiempo, es imposible que lo recuerde —responde Bri.

—Sí que lo recuerdo —la corrige—. Mi padre no dejó que nadie en la aldea olvidara quién lo hizo, porque la mujer que lo compró terminó siendo la que ahora conocemos como Reina Malvada.

Parpadeo varias veces, sorprendido por el hecho de que el padre de esta mujer le vendiera el Oráculo a Regina sin siquiera saber lo que tenía entre las manos. Qué caprichoso es el destino, que conecta nuestros caminos de modos tan retorcidos.

—Eso no nos dice cómo usarlo como método de contacto —se queja Brianna.

—Ya os dije que yo solo lo había cruzado, y una vez.

Observo a la *djinn*, que tamborilea con los dedos sobre la mesa.

—¿En qué piensas, Tahira? —pregunto, atrayendo la atención hacia ella.

La genio suspira antes de clavar la vista en mí.

—La sangre es poderosa. —Lanza un vistazo a Bri, quien asumió el pacto de sangre que la propia genio selló con el duque—. No es de extrañar que, de algún modo, sirviera como conductor para crear la conexión con el País de las Maravillas, precisamente. Tú mismo nos contaste que la sangre estaba asociada con ese plano.

Eso último lo dice hacia mí y tengo que contener un escalofrío al recordar las macabras pesadillas en las que la Reina de Corazones se deleitaba haciéndome sangrar de las formas más imaginativas.

—¿Y por qué Alicia consiguió entrar por el espejo? —quiere saber Brianna.

La aludida se encoge de hombros y resopla.

—No tengo la más mínima idea —responde.

—Tal vez fuera porque ella estaba destinada a ir al País de las Maravillas —interviene mi hermana, sin dejar de jugar con las muñecas de Edith. Su voz suena distante y, por un segundo, me recuerda a la frialdad del timbre de la Reina, con

esa voz que entremezclaba otras tantas—. Y no haya más explicación que esa.

—¿Qué quieres decir? —Bri la invita a hablar sin demasiado tacto.

Olivia se estremece y cierra los ojos mientras se concentra en respirar profundamente.

—La Reina de Corazones… Cuando ascendió al poder, hablaba con su propio espejo. Ahora… Ahora creo que podría ser su propio Oráculo. Ella sabía que una chica le arrebataría el trono antes de que Alicia llegara incluso.

—Tal vez por eso se mostró tan amistosa conmigo —interviene Alicia, de nuevo perdida en sus recuerdos. Un gesto que ahora identifico con el de Olivia o con los míos propios, rememorando ese mundo demente—. Se comportó con afabilidad hasta que me acerqué más a ella y empezó a predicar que me cortaran la cabeza.

Alicia se pasa la mano por el cuello en un gesto nervioso.

—Es probable —dice Olivia—. La Reina… Tenía muchas caras.

Algo que ya sabíamos, teniendo en cuenta la historia de esa mujer con la Reina Roja y su usurpación del trono traicionando su amor.

—¿Qué hacemos, entonces? —pregunta Brianna, con un matiz desesperado.

—Probar con la sangre —resuelvo—. No nos queda otra opción.

Lobo



Cuando nos marchamos de Atlanda, lo hacemos con los hombros un poco hundidos, con la sensación de que hemos vivido una última aventura en vano. Que no conseguiremos reencontrarnos con el miembro de la manada que nos falta. Aun así, regresamos a nuestro hogar en el Bosque Encantado, con el tiempo justo para cumplir la fecha límite que habíamos establecido en un primer momento.

Apenas tenemos descanso una vez llegamos, montados en Alfombra, en un viaje frenético que la deja exhausta e incapaz de proseguir hasta nuestro siguiente destino.

—Seguid vosotros —nos pide Tahira después de debatir qué hacer—. Adelantaos a caballo mientras Alfombra descansa unos días.

Después de las dos semanas de viajes de acá para allá recorriéndose los Tres Reinos, cualquiera le exigía a la pobre Alfombra que nos llevase a Colwir. Aunque Bri estuvo a punto de hacerlo.

Finalmente, preparamos nuestros caballos y nos ponemos en ruta hacia Colwir, para asistir a la boda de Anabella y el duque, sin muchos ánimos que digamos, pero no nos queda más remedio porque coincide con otro día señalado que involucra a la propia Anabella. Aun así, me niego a perder la esperanza, por mucho que sepa que Brianna ya lo ha hecho.

Lo de usar sangre para pulir la superficie del espejo es como agarrarse a un clavo ardiendo, y saber que no tenemos ningún otro recurso, ningún otro hilo del que tirar, mina nuestra moral según avanzan los días de cabalgata.

A diferencia de lo que sucedió en nuestro supuestamente inofensivo viaje a Atlanda, este nuevo viaje hasta el ducado de Colwir termina siendo tranquilo. Demasiado, a mi parecer. El único entretenimiento durante los largos días de cabalgata es ver a Olivia forcejeando con la transformación de una forma a otra. Después de un siglo retenida en su cuerpo humano, aún se está adaptando a eso de cambiar a voluntad. Y yo no he perdido la ocasión de meterme con ella para amenizar el viaje, sobre todo cuando estuvo un día entero cabalgando con cola de lobo.

—¡Deja de reírte, Ax! —grita por encima del hombro en cuanto rio por la nariz solo de recordarlo.

Aunque la conexión mental la tenga con Bri, haber compartido vientre

materno nos une de un modo tan especial como peculiar, y siempre sabe qué estoy pensando antes incluso de que yo me dé cuenta. En realidad, es fácil: en lo que a Liv respecta, siempre pensaré en la forma de meterme con ella, porque necesito recuperar el tiempo perdido.

Desde que todo terminó, no me despojo de la sensación de que estamos viviendo de prestado. Como si esta realidad no nos perteneciera; a veces incluso me planteo si todo esto no formará parte de una de las retorcidas pesadillas de la Reina de Corazones. Llegué a dudar de que los poderes de Hamelín pudieran estar relacionados con ella de algún modo.

Basta, Axel. Esto es real.

Que Brianna se meta en mi cabeza es recordatorio más que suficiente de que sí, estamos en el verdadero Fabel. Siguiendo adelante.

Tal vez esa sea la maldición de los… «héroes», aunque no me gusta considerarnos como tal. Que, a partir de ahora, siempre tendremos la sensación de que un problema mayor nos está acechando. Y, bueno, si ese es todo el precio a pagar después de los distintos infiernos que hemos vivido… Bendita sea Luna, no me puedo quejar.

Lanzo un vistazo a mis manos alrededor de las riendas, a la falange perdida lo que parece una eternidad atrás. A veces sigo sintiendo el meñique, como si nunca me hubiera abandonado; un fantasma que a cada instante me recuerda todo lo que podríamos haber perdido, en esa aventura o en cualquier otra. Y agradezco ese recordatorio, en realidad, porque me sirve para valorar con mucha más fuerza lo que tengo a mi alcance. A las dos mujeres preciosas que conforman mi manada y a la tercera separada por las aguas.

—¿Falta mucho? —se queja mi hermana por centésima vez, en su propio caballo por delante de mí.

Bri, a la cabeza de la comitiva, se abstiene de responder, porque su paciencia no es infinita, como sí lo es la mía. A mí, sin embargo, me arranca una sonrisa ladeada.

—Ya casi estamos.

—Ni que estuviéramos yendo a muy muy lejano —farfulla Liv para sí misma, y mi sonrisa se ensancha.

Aunque ella lo sienta como una maldición, ahora, después de lo vivido en Atlanda, doy gracias en parte por que mi hermana se inmunizara después de un siglo teniendo a alguien dentro de su cabeza. Por lo que nos contó Hamelín en el camino de vuelta a la ciudad, la melodía es hipnótica, como el canto de las sirenas —muy propio de la Bruja del Mar, teniendo en cuenta que quiso endosarme la mano de su hija Ariel—, y que es ineludible. Por eso incluso embrujó a la *djinn*. Pero suponemos que la mente de mi hermana es muchísimo más fuerte de lo que se reconoce a sí misma y fue capaz de bloquear el hipnotismo que nos arrebató la voluntad al resto. Es una mujer tan fuerte…

En cuestión de media hora, el imponente castillo del duque se recorta sobre las copas de los árboles. A diferencia de la vez anterior, cuando vinimos a que Bri se encargara del pacto de sangre, todo parece lleno de vida. Esta misma noche se celebran las nupcias, así que el castillo está lleno de carruajes con los primeros invitados, de sirvientes que adecentan los jardines y decoran profusamente el interior de la residencia.

Anabella nos recibe con abrazos cariñosos y nos conduce al despacho del duque, que justo acaba de terminar de reunirse con un joven apuesto, moreno y de profundos ojos azules.

—Ah, ya habéis vuelto —comenta Adam cuando nos ve esperando frente a su puerta, junto a Anabella.

Tras el joven desconocido, aparece una joven de largos cabellos pelirrojos y un coqueto vestido rosa. Sus ojos son tan azules como el mismísimo mar, y a pesar de su belleza, lo que nos dejar rígidos a Brianna y a mí no es eso, sino el colgante de caracola que lleva al cuello.

—Sí, acaban de llegar —le explica su prometida—. No quería interrumpir tu reunión con el príncipe Eric.

El aludido nos dedica un gesto con la cabeza, pero mis ojos no dejan de deslizarse a esa mujer. A ese colgante que jamás olvidaré.

—Espero que la información que le facilité a Adam sirviera de ayuda —dice en un tono educado.

La mujer de la caracola se mantiene un paso por detrás de él, con esos ojos adustos estudiándonos con curiosidad. Soy incapaz de contestar por la consternación de que lleve al cuello el mismo colgante que yo le entregué al mar hace menos de dos meses. Brianna, para mi alivio, se adelante y toma la palabra.

—Muy amable por su parte —responde sin amabilidad alguna—. Ahora que ha dejado de volcar *todos* sus esfuerzos en encontrar a esta persona —dice con sarcasmo—, tal vez podría sugerirle a sus padres que empezaran a preocuparse un poquito más por su reino.

Anabella se lleva las manos a la boca, sorprendida, Olivia se queda pálida y yo, mal que me pese, suelto una risita.

—Roja, deberías medir con quién estás hablando —la reprende el duque.

—Sé con quién estoy hablando. Con el hijo de unos regentes que han hecho oídos sordos ante las súplicas de unos padres cuyos hijos estaban siendo secuestrados de forma masiva.

La mirada recelosa del príncipe Eric cambia a una de incredulidad que me genera curiosidad.

—Perdonadme, pero no tenía noticia alguna de que algo así estuviera sucediendo —reconoce, para sorpresa de todos. Porque no estamos acostumbrados a que las personas de poder asuman sus errores—. Gracias por transmitirme tu preocupación por mi reino.

Se lleva la mano al pecho y le dedica una escueta reverencia que desarma a Brianna, quien decide dar la callada por respuesta. Tal vez aún queden líderes decentes, más allá de la sultana. O futuros líderes, en este caso.

—Ahora, si me disculpan, a Ariel y a mí nos gustaría disfrutar de algunos refrigerios.

Ariel, ha dicho Ariel, casi chilla Brianna en mi cabeza.

Lo sé, lo he oído.

La mujer se agarra del brazo que Eric le tiende y ambos desaparecen por el pasillo, rumbo al saloncito donde se está ofreciendo una merienda previa a las nupcias de esta noche.

Creo que deberíamos decirle algo a ese hombre, le digo a Brianna mientras nos adentramos en el despacho, ambos más pendientes de lo que acabamos de vivir que de lo que tenemos que contar.

No pienso meterme en los planes de la Bruja del Mar, sean los que sean. Esa no es nuestra batalla, replica Brianna. Aunque me tienta arrancarle el colgante del cuello para preguntarle a la Reina de Corazones si lo de la sangre funcionaría.

A mí también me tienta. Muchísimo. Pero tampoco podemos arriesgarnos a liberar esa alma sin más.

Aun con los labios apretados por la duda, tenemos que dejarlo estar, porque lo último que me apetece en el mundo ahora mismo es enredarme de nuevo entre los tentáculos de la Bruja del Mar o revivir pesadillas. Tampoco es cosa nuestra advertir al príncipe de dónde se está metiendo; se acabó lo de resolver los problemas de los demás.

Una vez en la privacidad del despacho del duque, con Adam sentado tras el escritorio y Anabella en el reposabrazos de su butaca, por fin les explicamos a ambos lo sucedido en Atlanda. El rostro de la joven se vuelve macilento al oír las nuevas con respecto al espejo, aunque intenta no perder esa sonrisa que la acompaña a todas partes. Verla recomponerse ante las noticias agridulces de que no sabremos si las instrucciones de Alicia funcionarán, redobla mis esperanzas.

Y después de eso, lo único que nos queda es esperar a que caiga la noche, momento en el que Tahira debería aparecer con el espejo. Quisimos hacerlo aquí porque Anabella tiene el mismo derecho que nosotros a hablar con Wendy, en caso de funcionar, y ninguno queríamos retrasar el momento del contacto. Porque esta noche es especial.

Agradecemos que Anabella y el duque nos cedan dos habitaciones para descansar hasta la noche, y por fin, después de demasiadas jornadas, Brianna y yo nos quedamos solos.

No hemos tenido ocasión de hablar de lo que esta última aventura ha supuesto para nosotros, de si hay nueva tirantez por haber estado tan cerca del momento en el que nuestra relación se quebró. Porque tampoco queríamos hablar de un tema tan delicado en presencia de los demás, por mucho que podamos

comunicarnos mente a mente. Sí, las palabras son solo para nosotros, pero las reacciones de nuestros cuerpos siempre serán visibles para el resto.

—¿Sabes? —dice Bri, atrayendo mi atención. Sentado en el borde de la cama, la observo pasear por delante de mí, con esos cabellos castaños destellando en rojizos ante la caricia del sol que entra por los ventanales abiertos—. Aunque no recuerdo qué pasó, y doy gracias por no acordarme de cómo nos ahogábamos en el río… —algo que yo también agradezco y que le hemos pedido a Olivia que no recree con demasiados detalles—, sí tengo la sensación de que en ningún momento me soltaste la mano. Salvo cuando nos ataron, claro.

Lo dice con indiferencia, con los ojos fijos en los distintos adornos que componen esta estancia. Esquiva, incapaz de compartir sus sentimientos a la cara. Como ha sido siempre, tan espinosa como un cactus, pero con un interior plagado de capas cuyo centro me derrite. Me levanto y me acerco a ella, y soy muy consciente de cómo cambia la cadencia de su pulso, de cómo sus hombros se tensan por el reducido espacio que nos separa.

Por detrás, le envuelvo la cintura con los brazos y la estrecho contra mi pecho antes de inclinar el rostro hacia su cuello y aspirar su aroma. Huele a hogar. Ella siempre olerá a hogar.

—Te dije que jamás te soltaría —ronroneo junto a su oreja—. Igual que tú me dijiste que siempre me encontrarías.

La piel de su cuello se eriza, una invitación a ser templada y besada, y así lo hago, deleitándome con su sabor único a medida que mi boca asciende hacia su lóbulo, donde le regalo un mordisco pícaro. Una pregunta perfectamente interpretable entre nosotros.

Brianna se estremece entre mis brazos y recuesta su peso contra mi pecho, su espalda tan pequeña en comparación conmigo.

—¿Es una promesa? —me pregunta con voz trémula.

Con la diferencia de altura, puedo verle el rostro: los labios entreabiertos en una invitación; las pestañas acariciando la curva alta de unas mejillas sonrosadas; las pequitas que me encanta contar, por si algún día apareciera una nueva, memorizarla.

—Te lo prometo —susurro antes de envolverle el cuello con una mano y hacer que gire el rostro en mi dirección.

Mis ojos se clavan al instante en sus labios, en esa parte de su anatomía que es capaz de resucitarme todas las veces que sean necesarias. Y cuando nuestros labios se encuentran movidos por la necesidad, sé que ninguna magia será capaz de romper la que existe entre nosotros.

Pulgarcita



Desconozco cuánto tiempo ha pasado desde que decidí quedarme aquí, en Nunca Jamás, para que Olivia pudiera volver a casa con su familia. Después de todo lo que había sacrificado, era lo más justo. Lo único que podía hacer y, aun así…

Aun así, hay días en los que no puedo evitar que la añoranza me invada y los ojos se me aneguen de lágrimas a cada momento que pienso en ellos.

El tiempo en Nunca Jamás es inexistente. Hay ciclos de día y noche, pero no transcurre como en Fabel. No hay días que pasan en realidad, ni semanas ni meses. Ni siquiera creo que los días duren veinticuatro horas, porque las mañanas se me antojan muy largas y las noches muy cortas. Es… extraño acostumbrarse a esta vida.

Pero es una buena vida.

Sobre todo desde que Campanilla me encontró.

Peter receló de ella en cuanto la vio.

—¿Una mujer diminuta con alas? —dijo nada más verla—. Eso no puede traer nada bueno.

Fue entonces cuando encogí por primera vez, cuando les demostré lo diminuta que puedo ser. Los niños alucinaron con mi habilidad, y si ya me tenían en alta estima por las noches compartidas alrededor de la hoguera contando cuentos, después de eso me convertí en alguien a quien admirar. Y me resulta extraño, porque yo no estoy hecha para ser admirada.

Se admira a héroes como Bri o Axel, que lo dieron todo por salvar Fabel dos veces, no a una cría —como Bri me llamaba para picarme— que apenas llega al metro y medio en su forma grande. No a una cría que pasó las primeras noches llorando, cuando se quedaba sola una vez los Niños Perdidos caían rendidos ante el sueño y el calor de la hoguera.

No obstante, con la llegada de Campanilla todo fue a mejor. A pesar de que Peter no se fía de ella, los niños la adoran y pasan largas jornadas implorándole que los espolvoree con su polvo de hadas para volar, como hace Peter por sí mismo. Y cuando surcan los cielos y este se inunda de sus risas…, cualquier pesar desaparece. Porque ellos hacen de este reino de almas uno mucho más feliz.

Aunque eso no signifique que no haya intentado contactar con quien sea a través del espejo que comunica los distintos planos. Por lo que me explicó Peter, él nunca lo ha usado, y tampoco me extraña siendo que siempre tiene la cabeza en

las nubes. De vez en cuando, la Reina de Corazones o la Reina Roja se ponía en contacto con él; unas veces se enteraba, otras no. Él nunca se ha preocupado por lo que suceda en otros mundos, y siendo un adolescente…, tampoco se lo puedo reprochar.

—Vamos, Wendy. —Tootles llama mi atención, dándome unos tironcitos en el camisón azul que confeccioné con telas que me dio la princesa de la tribu de los *picaninny*—. Cuéntanos otro cuento.

—¡¿Otro?! —rio, fingiéndome escandalizada por su petición.

Campanilla, sentada en la parte alta de la cueva que ahora es nuestro hogar, me lanza una sonrisa que me calienta el pecho más que la hoguera que caldea la estancia. Con un suspiro dramático, pongo los ojos en blanco y fijo la vista en el conducto de ventilación que obligué a Peter a que abriera, porque encender fuego bajo la superficie y sin ventilación es una condena a muerte. Por mucho que no sepa si estos niños pueden morir; es algo en lo que no quiero pensar.

«Pareces una madre», refunfuña cada vez que le pongo una tarea, como si serlo fuera algo malo.

—Sí, otro —añaden los gemelos a la vez, entusiasmados.

Campanilla revolotea hasta mí y se posa sobre mi hombro.

—Hoy no habrá quien los haga dormir —comenta en mi oído, para que solo yo la oiga.

Río para mis adentros, rememorando la incursión mar adentro de hoy, con intención de acabar con el malvado capitán Garfio. Cada vez que James tiene que acercarse a dejar almas, los niños preparan abordajes y batallas épicas contra el capitán, aunque a mí me toca contemplarlo todo desde la orilla. Como ya hemos comprobado, hay alguna especie de magia que no me deja ir mar adentro, tal vez porque no tengo oro puro con el que pagar. Y ni siquiera haciéndome diminuta salvamos esa prohibición, como tampoco hemos podido volver a Fabel con el polvo de hadas de Campanilla.

Ella puede entrar y salir de Nunca Jamás, siguiendo la segunda estrella a la derecha y todo recto hasta el amanecer, pero porque su condición así se lo permite. Yo soy mortal, no debería estar aquí para empezar. Así que en cuanto intentamos cruzar el límite de las aguas, sus polvos dejan de funcionar para mí, aunque sí pueda volar por encima de la isla en compañía de los niños. Sus zonas favoritas para explorar son la Gruta de la Calavera, donde hay un cocodrilo al que hacen perrerías, o la laguna de las sirenas.

Y, aun así, se maravillan con las historias que les cuento, mucho más aburridas que el mundo en el que habitan.

Tal vez en eso consiste la verdadera magia: en que lo ordinario siempre resultará extraordinario para quienes viven ajenos a ello.

—Está bien… —rezongo—. ¿Qué cuento os apetece escuchar ahora?

—¿El de Caperucita y el Lobo? —propone Nibs con timidez.

—¡No! ¡No! —interviene Tootles—. El de La bella y la bestia.

—¡Yo quiero oír el de La bella durmiente! —se queja Curly.

Al instante, todos se convierten en una algarabía de voces chillonas, con la de Slightly destacando. Campanilla, a la que no le gusta el jaleo, revolotea por encima de sus cabecitas, atrayendo su atención, antes de regresar sobre mi hombro.

Los estudia con los brazos en jarras, en esa pose tan propia del Peter que nos observa un poco más allá, con una sonrisa en los labios.

—¿Y si hoy os cuenta uno nuevo? —propone mi pareja.

—¡¿Uno nuevo?! —se sorprenden al unísono.

—Sí. ¿Qué os parece si os cuenta el cuento de Pulgarcita?

El corazón se me estruja de amor y Campanilla y yo compartimos un vistazo desproporcionado en cuanto a diferencia de tamaños.

—¡Sí, sí, por favor, Wendy! —gritan todos, emocionados.

Peter se incorpora sobre su asiento y clava la vista en mí. Sigue sin gustarme que me miren fijamente, así que me centro en los niños, con el pecho lleno de un revoltijo de sentimientos. Los Niños Perdidos se callan, con los ojos desorbitados, esperando una respuesta. Pero no… no sé qué decir.

—El cuento de Pulgarcita es muy aburrido —murmuro, cohibida.

—Pues yo me sé varias de sus aventuras. ¿Queréis oírlas?

El corazón me da un vuelco y los ojos se me empapan de lágrimas incontrolables al instante. Porque reconocería esa voz malhumorada en cualquier lugar.

Con una mano en el pecho, me doy la vuelta y contemplo el espejo a mi espalda. El punto que Peter estaba observando con cierto recelo, no a mí; el motivo de que los niños se hayan quedado callados, no por una nueva historia.

Sino por ellos, en el reflejo del espejo.

Brianna, Axel, Anabella, Olivia y Tahira… Tahira está bien, está viva, no envuelta en oro.

La estupefacción no me permite hablar durante los primeros segundos, tan solo consigo ponerme en pie y acercarme al espejo, con la mano apretada contra el pecho. ¿Será que estoy soñando? Los repaso con la mirada, por si mis ojos me estuvieran jugando una mala pasada: están todos al otro lado, Alfombra incluida, apretujados para caber en la forma ovalada del espejo. Sonrientes, unos llorosos, otros fieros.

—Son… Son… —balbuceo, incapaz de contener el llanto.

—Somos nosotros —me confirma Axel, con su dulzura habitual.

—Te hemos echado mucho de menos —solloza Anabella, tan embargada por las emociones como yo. Está guapísima, con un vestido largo y blanco que… parece de novia.

A decir verdad, todos van guapísimos, y me recuerda a los dos bailes a los que pudimos acudir juntos, uno más accidentado que el otro.

—Feliz cumpleaños, Wendy —dice Brianna con una sonrisa de medio lado en los labios, atrayendo mi atención.

—¿Qué…?

—No tenemos nada más que ofrecerte —interviene Tahira, cruzada de brazos en esa pose tan suya que resalta sus músculos—. Pero esperamos que nuestra compañía sea regalo suficiente.

Me pongo a llorar de forma desconsolada, incapaz de cortar el torrente de lágrimas que me invade los ojos. Los niños se apretujan a mi alrededor y me abrazan, preocupados por que esté llorando.

Lo que no entienden es que son lágrimas de felicidad y dicha puras.

Porque —según me cuentan y los hechos lo demuestran— han removido cielo y tierra por volver a hablar conmigo. Porque se han acordado de mi cumpleaños, un dato ínfimo que ni siquiera recuerdo haberles contado. Porque siguen considerando que formo parte de su manada, de su familia, a pesar de los planos que nos separan, y que siempre lo harán.

Porque por fin estamos juntos de nuevo, y ahora ya sé que seguiremos estándolo por siempre jamás.

Agradecimientos



He de reconocer que lo de escribir corto nunca se me ha dado bien, lo habrás podido comprobar con la longitud de *Bruma Roja* y *Reino Feroz*. Así que tenía mucho miedo de enfrentarme a la página en blanco de un relato para contar algo en lo que no transcurre gran cosa.

No obstante, las ganas de reencontrarme con estos personajes y, sobre todo, con este mundo, eran mucho más fuertes y he acabado sacando algo que me ha dejado el corazón calentito, y que espero que a ti también. Eso sí, no todo es nuevo.

Lo que pasó en Nunca Jamás es un capítulo que tuve que eliminar del borrador original de *Reino Feroz*. Decidí quitarlo porque sentía que, si lo contaba, se perdía parte de la intriga de qué estaba ocurriendo con Roja y Pulgarcita mientras el pobrecito Lobo se enfrentaba a la Reina de Corazones. Pero lo más importante es que dejaba demasiado evidente la verdadera identidad de Wendy. Espero que hayas disfrutado de este pedacito de lo que sucede entre los capítulos 50 y 56 de *Reino Feroz*; a mí me ha hecho sonreír releer cómo eran mis Niños Perdidos aunque sea brevemente.

En cuanto a *Una última aventura*, si bien el epílogo de *Reino Feroz* está muy cerrado, ofrecía dos pinceladas que me di cuenta de que podía explorar: cómo contactar con Pulgarcita y la boda de Bella y el duque. Aunque estos no sean el foco principal de este relato, sí me sirvieron de pretexto para construir algo más. Algo en lo que ver cómo se desarrolla la relación entre Roja y Lobo, descubrir un poco más del personaje de Olivia y darle un final feliz al personaje más querido por todos: Pulgarcita.

Una vez dicho esto, solo me queda dar las gracias a las personas que me han acompañado en este viajecito. El primero será, por siempre jamás, mi marido, Nacho, quien apoya cada una de mis locuras y está ahí el primero para darme la mano, la palmadita en la espalda o poner un hombro para llorar.

Gracias también a Nia, mi lectora cero incondicional y mi compañera de sinsentidos. Gracias por ser la mejor amiga que podría pedir. Mil gracias a Lourdes por tragarse las diez versiones diferentes de la cubierta, con cambios milimétricos, y por tu infinita paciencia. A Andrea, por soportar mis lloros monotemáticos y por animarme a escribir lo que quiera. Ojalá un día pueda escribirte *esa* historia. Y gracias a mi Team Escritoras, por demostrarme que esta

carrera está lejos de ser solitaria.

Bruma Roja y *Reino Feroz* no habrían visto la luz de no ser por mis agentes en Editabundo, Pablo y David; por Clara, mi editora en Ediciones B, y por el gran equipo detrás de la editorial. A ellos les debo mucho más de lo que puedan imaginar, así que gracias por confiar en este universo de cuentos.

Ya solo me queda darte las gracias a ti, por llegar hasta aquí y, lo que es más importante, por conseguir que la bilogía de *Bruma Roja* siga viva un año después —y lo que le queda—, por acoger a los personajes con tanto cariño, por acompañarme en los eventos y por mostrarme tu apoyo. Sin ti, nada de esto sería posible. Y, quién sabe, tal vez si la bola sigue creciendo, volvamos a encontrarnos en Fabel en algún momento.

No lo olvides: nunca dejes que la magia se apague.



¿Te ha gustado esta historia?
Ahora puedes compartir tu opinión e impresiones en Goodreads, la plataforma para lectores por excelencia.
Para acceder a la ficha de *Siempre Jamás*,
escanea el código QR con tu móvil.
Tu valoración es muy importante y me ayuda a crecer.
¡Muchas gracias por haberte aventurado
a conocer un poco más de Fabel!

